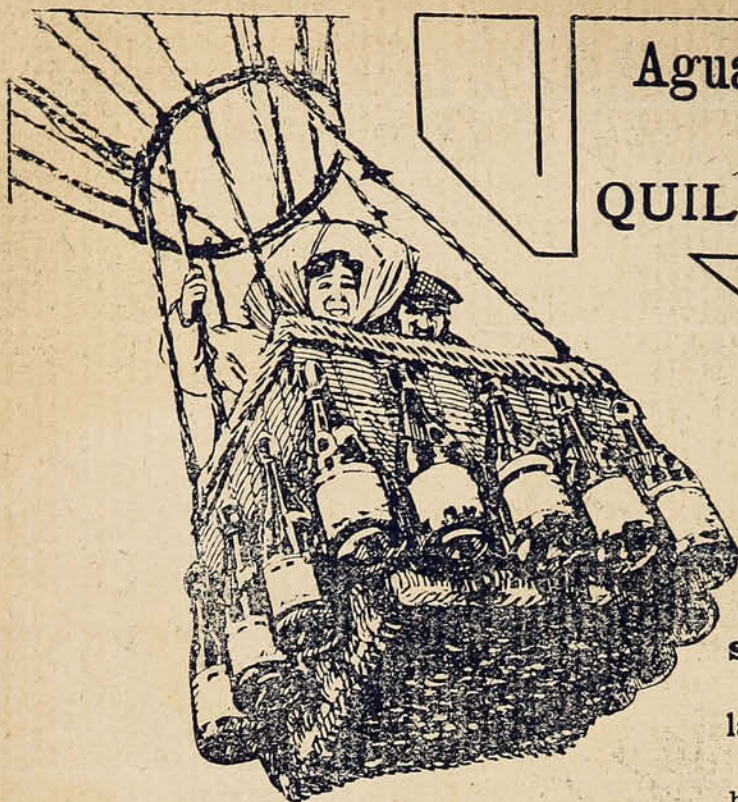




BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO
CHILE

30 (tor)

PUMA
Y LAPIZ



Agua Mineral Fuente del Indio QUILLOTA



Sana, Agradable, Digestiva

La mejor para acompañar las comidas.

Imposible pasar sin ella después de haberla probado **una sola vez.**



Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe duda de la tersura y limpidez que adquiere un rostro.

Jabones

PRODUCTOS
JUNOL

Esencia



ÚSELOS UD. TAMBIÉN

JUNOL



LOS PRODUCTOS JUNOL

Rejuvenecen dan al cutis una transparencia verdade-

Polvos

ramente envi-
diable. : : :

Cremas

PRUÉBELOS-JUNOL-PRUÉBELOS



Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, 1122

EJECUTA TODO TRABAJO

◊ DE IMPRESIONES Y ◊

ENCUADERNACION! ◊ ◊

PRECIOS EXCEPCIONALES

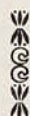
RECIBE ORDENES DE PROVINCIAS





TEA DULCINEA

**PLUMA
Y
LAPIZ**



Suscripciones: 1 Año \$ 15.00
Al extranjero » 20.00

Para suscripciones, avisos, informaciones, dirigirse al señor *Arturo d'Alençon*, Administrador de PLUMA Y LAPIZ, casilla 1684, Santiago; y al señor *E. Montenegro*, EL MERCURIO, en Valparaíso.

PIYMALAPIZ

«SEMANARIO DE ARTE»

ADMINISTRADOR Arturo D'Alencon	DIRECTOR Fernando Santivan	DIRECTOR ARTÍSTICO Cristóbal Fernandez	PRIMER REDACTOR Martín Escobar
-----------------------------------	-------------------------------	---	-----------------------------------

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443

□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,

□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 9 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 4

Literatura

Es muy corriente considerar las Bellas Letras como uno de los pasatiempos útiles, bueno para entretención de niños, damas románticas y semi-locos...

Nada importaría que esta creencia fuese común al vulgo únicamente—los pueblos jóvenes poseen su literatura tal como aquel personaje que hablaba prosa sin saberlo;—pero lo grave es que las clases cultas, los hombres de Gobierno, participan también de esta errónea convicción.

La verdad es que la literatura es uno de los ramos más importantes de la vida nacional. Su papel se encuentra al lado de la Instrucción Pública, de la cual es manifestación y complemento.

Una literatura bien encaminada, con bases sólidas de observación y de estudio, con ideales propios y con medios de difusión dentro y fuera del país, es una institución, — permítasenos la palabreja—tan importante como la Universidad del Estado.

¿No son los hombres de letras los que desde la prensa, el libro ó la tribuna, diluyen sus pensamientos en la gran masa del pueblo?

¿No fueron los escritores franceses quienes prepararon ese trascendental movimiento que se llamó la Revolución?

¿No se debe en gran parte á la influen-

cia de los libros ese otro trastorno más cercano que es nuestra propia Independencia?

Sin embargo, estas verdades que por lo gruesas, merecen anotarse en el catálogo de Pero Grullo, no son consideradas por los hombres de Gobierno con la detención que merecen.

La literatura nacional no despierta ningún interés á los poderes Públicos.

Como una gran cosa se dedica una suma anual de ocho mil pesos para premios de un concurso literario, y ya se oyen voces de que se piensa suprimir esa partida en el presupuesto venidero.

Mientras la pintura y la escultura poseen un Palacio y los artistas reciben pensiones para completar sus estudios en Europa — muy merecidamente, por lo demás—á los escritores se les escatima unos pocos pesos que sirve de recompensa á una labor desinteresada y pertinaz.

No pretendemos decir que se convierta la literatura en un ramo oficial, talvez ello sería contraproducente, pero al menos creemos que merece una vigilancia, una atención y también una protección constante de parte de los dirigentes, tal como se practica en naciones más avanzadas, apesar de que allí la literatura, vigorosa de por sí, no necesita mayor apoyo para imponerse.

Lluvia de Primavera

(Ilustrado especialmente para «PLUMA Y LÁPIZ» por la Srta. A. Benito y el Señor C. Ros distinguidos actores del Palace Theatre)

Personajes: MARIA, treinta años. Mujer de JUAN RAMON, cuarenta años.

El escenario es un dormitorio confortable. Una cama de casados a la derecha del espectador. A la cabecera, en el muro, una imagen de Purísima, de gran tamaño. A la izquierda, un divan. Ante el divan, una mesa de lectura. Puerta al fondo: ventanas a la izquierda, a un lado y a otro del divan. Muebles y adornos como mejor convenga a la representación.

MARIA.— (Mujer morena, hermosa, apasionada, aun cuando sus jestos y ademanes revelan el equilibrio de sus nervios. Se arregla el tocado ante el espejo del ropero: luego vá á la ventana, mira abajo, arriba, saca de entre el cuello un billetito, lo desdobra lee con atención, vuelve á ponerse en el cuello, y continúa su toilette. Mientras concluye de peinarse y echando una mirada al reloj despertador que estará sobre un velador junto á la cama.—Las cuatro y cuarto ya... (Vuelve a sacar el billetito. Leyendo). «A las cinco donde tú sabes... Si llueve, no vayas. (Recalcando las palabras). Será inútil. No quiero que te enfermes como el otro día y te repito que no iré si llueve»... (Guarda el billetito en el cuello. Va á colocarse el sombrero, mas lo deja y vuelve á la ventana, observando como anteriormente el suelo y el cielo. Volviendo al espejo y comenzando á colocarse el sombrero.) ¡Falta que llueva ahora! (Se oye una tos de hombre en el interior. Quitándose el sombrero y



JUAN RAMON.—¡Hombre! El carbon ha subido 50 centavos. La cuestión es que siga lloviendo para que el alza continúe.—(Fot. por Rada).

yendo á pararse ante la ventana. A media voz): Juan Ramon...

Entra Juan Ramon. Hombre obeso, de actitudes lentas y algo torpes. Se quita el sombrero y saca un diario del bolsillo del gaban.

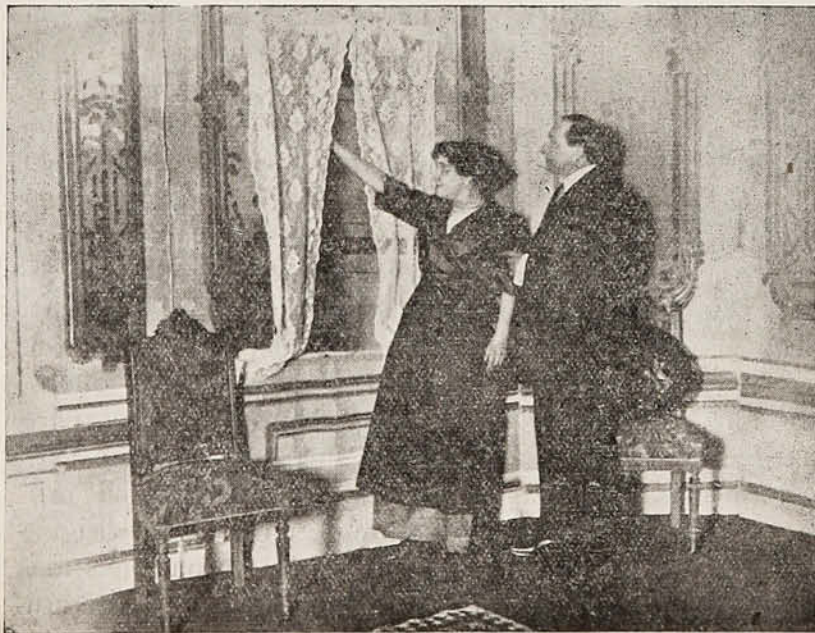
JUAN RAMON.—(Resoplando).—¡Que tarde tan rara! (Estiende el diario sobre la mesa y apoya sus manos sobre ella, inclinándose para leer. De pronto se vuelve hacia MARIA como para decirle algo y al reparar en su tocado:) ¿Vas á salir?

MARIA.—(Dubitativamente), Sí... pensaba... pero... Parece que quiere llover.

(El sol que ha brillado hasta ese momento con luz débil, se apaga poco á poco).

JUAN RAMON.—(Inclinándose otra vez sobre el diario.) Sí... parece. En la calle, mientras venía, cayeron algunas gotas... ¡Hombre! ¡El carbon ha subido cincuenta centavos más! Ya lo tenemos á catorce pesos. La cuestión es que siga lloviendo para que el alza continúe.

MARIA.—(Que ha estado observando por la ventana, sin atender á lo que dice su marido. Mirando abajo, con la cara apegada á los vidrios. (Empieza á llover... Caen unas gotas de éste tamaño... Tan grandes, que al caer siembran el asfalto de estrellas negras...



MARIA —¿Pero no ves que se despeja?



MARIA (Dominando un escalofrío).—¿Qué lloverá otra vez?

JUAN RAMON.—(Dejando de leer). ¿Dices que llueve? ¡Tanto mejor! Es lo que se necesita...

MARIA.—(Contrariada). Yo no necesito que llueva. Todo lo contrario. Lo que necesito es sol, para poder salir, para...

JUAN RAMON.—(Mirando á su mujer con severidad). Te digo que es necesario que llueva, para que suba el carbon. Un peso más en el alza y hago un negocio espléndido.

MARIA.—(Se sienta en una silla frente á la ventana). Ligeramente despreciativa). No piensas sino en el negocio...

JUAN RAMON.—Y tú en qué piensas?... En gastar y en pasear...

MARIA.—¿Yó?... Has de creer que sólo tú piensas en cosas serias... Sabe que yó también...

JUAN RAMON.—¿Tú?...

MARIA.—...Pienso en el negocio.

JUAN RAMON.—(Esforzándose para reír).—¡Eres graciosa! Piensas en el negocio y si te digo que necesito que llueva para hacer una buena ganancia, te empeñas que haya sol...

MARIA.—¡Claro! (Con entereza). Porque yo no tengo carbon que vender, porque mi negocio no se hace con lluvia ni con barro, sino con sol y limpieza.

JUAN RAMON.—(Irónico). Tendrás algun contrato de aseo con la Municipalidad...

MARIA.—(Con irritación mal contenida) ¡Contrato! Eso queda para ti, que solo pasas pendiente de lo que te cae en el bolsillo, al extremo de que tu vida podría escribirse en números, sobre un saco de

carbon ó un fardo de pasto aprensado.

JUAN RAMON.—(Molesto) Maria...

MARIA.—Tú tienes la culpa. ¿A qué venirme á decir que es necesario que llueva cuando lo que yo necesito es sol: sol para mi alegría, sol para mi vida, para esta vida que llevo...

JUAN RAMON.—¡Qué! ¿Vas á quejarte ahora?

MARIA.—(Aflijéndose). Sí, me quejo; porque no me das gusto en nada; porque si me llevas al teatro es para decirme después que no comprendes como me gustan las tonterías que allí se dicen; porque si me llevas á la Alameda es para regresar á casa con mal gesto, ridiculizando ese paseo, que es precioso, diciendo que parece una procesión cívica; porque si vas, conmigo á un baile, es para criticar á medio mundo y reírte

de los hombres bien educados y de las señoras amables, porque...

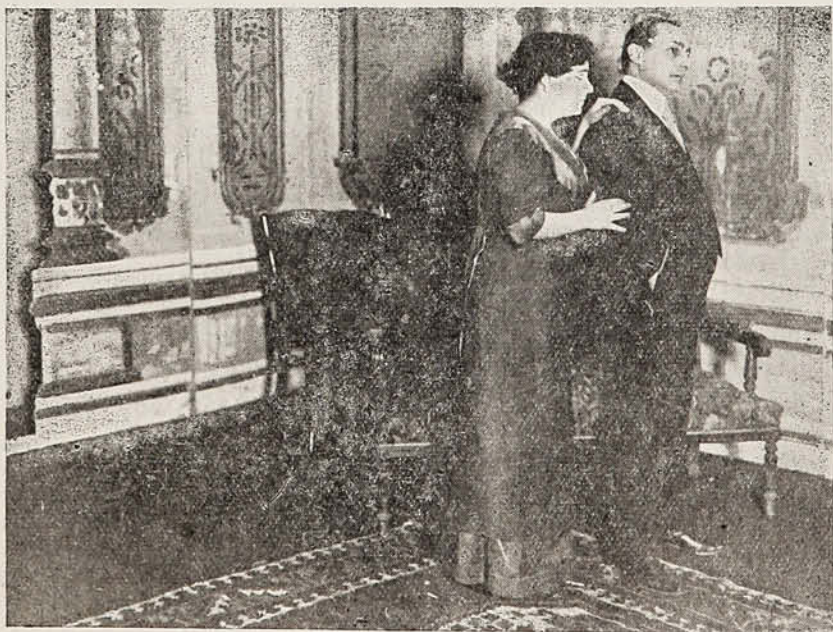
JUAN RAMON.—(Sonriendo socarronamente). Vamos, te estás poniendo nerviosa y eso es raro en tí. ¿Acaso tienes alguna compra gorda por hacer?

MARIA.—¿Piensas que esto te lo digo con segunda intención? (Con altivez). No soy como otras. Sabes que no me gustan esos recursos...

(El escenario vuelve á iluminarse de un modo gradual. El sol reaparece).

JUAN RAMON.—Sí: bien lo sé, pero...¿De modo que porque mis gustos no son los tuyos?...

MARIA.—(Mirando hacia afuera, como distraída).



JUAN RAMON.—(Sin mirarla).—No me enojo, pero...

Tú no te haces cargo... Me gusta el paseo, la música, el teatro... la conversación... la poesía... (Levantándose y poniéndose a la ventana)... el sol... (Pausa). Ya aparece otra vez...

JUAN RAMON. (Digustado)—¡Dale con el sol! (Se inclina de nuevo sobre el diario).

MARIA.—(Mirando fijamente hacia arriba.—) ¡Con qué ligereza corren las nubes! Parece que huyeran asustadas... Como las palomas cuando las persigue el gavilán...

JUAN RAMON.—(Tirando el diario y yendo también a la ventana. Con seriedad). O como las gallinas cuando las persigue la cocinera.

MARIA.—(Riendo) ¡Que comparación tan tuya!

JUAN RAMON.—(Mirando a lo alto, con el ceño fruncido). Por suerte es viento del norte.

MARIA.—¿Que quieres decir?

JUAN RAMON.—Que seguirá lloviendo.

MARIA.—¿No ves que se despeja?

JUAN RAMON.—Aguarda... Espera que avancen esos nubarrones. No pasarán diez minutos sin que el agua vuelva a caer.

MARIA.—(Irónica). Sabes mucho...

JUAN RAMON.—Ya verás... (Pausa. Ambos se quedan mirando el cielo).

MARIA.—Adriazola murió hace tiempo. ¿Habrá dejado un sucesor en tí?

JUAN RAMON.—(Señalando con el dedo). Mira como vienen esas nubes a tapar tu sol...

MARIA.—(Observa algo intranquila). Vienen tan ligero que pasarán de largo...

(La iluminación decrece rápidamente. El sol se oculta).

JUAN RAMON. (Con expresión de triunfo).—¿Ves? (Mirando abajo).—Y ya vuelve a llover. Fíjate como empieza de nuevo...

MARIA.—(Malhumorada). No veo nada.

JUAN RAMON.—(Alegremente). Mira en las charcas las redondelitas que forma la lluvia.

MARIA. (Se vuelve y mira con intención el reloj despertador. Disimulando su inquietud).—Es la despedida.

JUAN RAMON.—(Retirándose de la ventana y paseándose a lo largo de la pieza. Se frota las manos con satisfacción). Que se afirme el aguacero y me ganen cuatro mil pesos por lo menos...

MARIA.—(Sin despegar el rostro de la ventana). ¿Vuelves con tu historia?

JUAN RAMON.—(Se detiene frente a Maria, radiante). Cuatro mil pesos... Te compraré un rico quitasol... ¿Quieres? ¿No quieres?

(La luz se reaviva lentamente)

MARIA.—(Hablando consigo misma). Córrelas bien. Así, así. ¡Llévatelas!

JUAN RAMON.—(Hace un gesto y prosigue su paseo). ¡Que empecinamiento en querer que no llueva más! (Deteniéndose de nuevo frente a Maria). ¿Entonces no quieres que te compre un quitasol?

(Brilla el sol con fuerza)

MARIA.—(Volviéndose rápidamente hacia Juan Ramon con la cara llena de alegría). ¡Que mas quitasol que tú! Pero mira... (Se aproxima a él). No te enojes.

JUAN RAMON.—(Sin mirarla). No me enoja, pero...

MARIA.—(Con mimo). Pero te ha dado rabia...

JUAN RAMON.—(Mismo juego). Me molesta tu afán de que...

MARIA.—(Poniéndose ambas manos sobre los hombros, y tratando de que la mire de frente). Ahora que estoy contenta...

JUAN RAMON.—(Volviendo la cara. Con enojo). Ahora que yo no lo estoy. (Desasiéndose y continuando su paseo). No tendrás quitasol.

MARIA.—(Mirando el reloj). Pero tendré sol...

JUAN RAMON.—(Con creciente mal humor). Y tal vez esta sea la última lluvia del año.

MARIA.—(Yendo al espejo y pasándose la mano por el peinado). Ojalá sea la última.

JUAN RAMON.—Bajará el carbón...

MARIA.—Se levantará el espíritu...

JUAN RAMON.—¡Qué! ¿Te burlas?

MARIA.—(Volviéndose a Juan Ramon). Perdóname... ¡Tenía tantos deseos de salir!

JUAN RAMON.—¿Y no podías salir lloviendo? ¿Era necesario...

MARIA.—(Intranquila de pronto). Dime... Confusa, con el sombrero en la mano). ¿Puede decirse que ha llovido esta tarde?

JUAN RAMON.—(Indicando la ventana con los ojos). Pero, que no ves como ha quedado la calle?

MARIA.—(Se acerca a la ventana, sin soltar el sombrero, y mira abajo. Está todo empapado... (Vuelve adonde su marido, inquieta). ¿Entonces... se puede decir que ha llovido?

JUAN RAMON.—(Mirándola con asombro). Acabas de ver que todo está empapado... ¿No viste que llovía?... O crees que los angelitos...

MARIA.—(Sonríe forzosamente). No. Es que... no sé como explicarte. (Pausa). Mira, voy a ponerte un ejemplo.

JUAN RAMON.—(Interesado). Veamos.

MARIA.—Supon que... (Pausa). ¡Ah! Si. Supon que... un amigo tuyo... No. Un amigo nó. Un negociante te dice: mañana lo espero en tal parte y a tal hora para tratar de tal asunto, con la advertencia de que si llueve será inútil que usted vaya, porque yo no iré. Te cita por ejemplo, para las dos de la tarde y a la una y media está lloviendo... ¿Que haces tú?

JUAN RAMON.—¿Yo?... Yo voy llueva ó no llueva, porque cuando se trata de negocios...

MARIA.—(Impaciente). Es que él te ha dicho: no vaya si llueve...

JUAN RAMON.—Aunque me lo haya dicho. Tratándose de un negocio... y si es buen negocio... Porque debo suponer que el negociante no ha de ser tan caprichoso como para suspender todo trato nada mas que porque fué lloviendo, apesar de la advertencia de que no me espera si llueve...

MARIA.—(Mirando el reloj del velador. Distráidamente y con lentitud). Si... Pero es el caso que... el caso no es el mismo.

JUAN RAMON.—(Sin comprender). Como... qué quieres decir con eso de que el caso no es el mismo... ¿Tienes algun negocio?

MARIA.—(Con precipitación). No, no.

JUAN RAMON.—Entonces?

MARIA.—(Deja el sombrero). Te explicaré. Es el hecho que la modista quedó de probarme el traje de seda hoy a las cinco. Pero me dijo que si llovía no fuera, por que no me lo tendría.

JUAN RAMON.—(Con gesto abobado). Cuando llueve, ¿no cosen las modistas?

MARIA.—(Vivamente). No es eso, sino que, como es tan buena la madama, me dijo que no fuera si llovía, porque podía enfermarme y, a manera de amenaza, me agregó que en caso de llover no tendría el traje para la prueba. ¿Entiendes ahora?

JUAN RAMON.—(Con satisfacción sincera). ¡Como te quiere esa madama! ¡Y que buena ha de ser!

MARIA.—(Coje el sombrero y va a colocárselo). De modo que tú crees...

JUAN RAMON.—(Yendo a sentarse en el diván y recojiendo el diario). Creo que a menos que el cariño que por tí siente la madama esa sea tan estrecho que la obligue a desagradarse contigo porque vas...

Me parece que debes ir. (Extiende el diario sobre la mesa).

MARIA.—(Con el sombrero puesto y envolviéndose en la capa). Si se enoja tendrá dos trabajos...

(La luz decrece un poco. Nuevas nubes velan el sol).

JUAN RAMON.—(Inclinado sobre el diario. Sin quitar los ojos del papel). Estas son las tonterías que me hacen fastidiarme en el teatro. (Mirando á Maria). Fíjate si será argumento éste para un drama. (Lee). «Alberto dá otra cita á Teresa, la esposa del millonario Osvaldo, pero la advierte que no vaya en coche de lujo sino á pié, porque sus ideas políticas no le permiten ser el amante de una aristócrata. Teresa no hace mucho caso de tal recomendación y se dirige á la cita en un carruaje riquísimo, tirado por magníficos caballos. Alberto la recibe de mal talante, la echa en cara su porfía, ella le replica con altivez, se disputan en voz alta, él la amenaza, grita ella y se forma el escándalo. (Maria que se ha quedado inmóvil mientras lee su marido, escucha sonriente al principio, luego se pone seria y demuestra por último cierta ansiedad). Los amores de Alberto y Teresa llegan á hacerse públicos, Osvaldo se impone de ellos, sorprende á los amantes, y á él lo mata de un balazo y á ella la deja mal herida de otro. (Dejando de leer). ¿No es una barbaridad todo esto? Y es lo que se representa esta noche en uno de nuestros teatros...

(La luz se extingue con lentitud.)

MARIA.—(Dominando un calofrío). ¿Que lloverá otra vez?

JUAN RAMON.—(Se levanta y vá á la ventana. Des-

pues de observar el cielo). Parece que sí. El viento norte continúa y trae unas nubes muy sospechosas...

MARIA.—(Desabrochándose la capa con irresolución). Porque si ha de llover... (Juan Ramon sigue observando por la ventana hacia afuera. Maria con los brazos caídos, mira la alfombra. Concluye de desabrocharse la capa). Mejor que no vaya...

JUAN RAMON.—(Paseándose). ¿Que hubo... ¿Ya no sales?

MARIA.—(Se decide. Va al espejo y comienza á quitarse el sombrero. Con gravedad). No. No salgo.

JUAN RAMON.—(Alegremente). Mejor, mucho mejor. Así le evitarás un disgusto á la madana y me darás el placer de conversar contigo otro rato. Si el aguacero se afirma... (Va á la ventana). El carbon llegará á quince y me ganaré... (Mirando hacia afuera). ¿Ves? Ya llueve de nuevo. Y se oscurece... (Hace demostraciones de alegría, sin dejar la ventana).

MARIA.—(Avanza hacia el público e indica á Juan Ramon. Con cierta melancolía).

¡Cómo su contento encona mi herida!

¡Cómo al verle alegre cunde mi aflicción!

(Reflexionando).

Pero... Si el ahora ganó la partida, después... (Con ánimo) Por fortuna es larga la vida. (Sonríe maliciosamente).

Habrás sol mañana... ¿Verdad, Juan Ramon?

TELON RÁPIDO.

M. MAGALLANES MOURE.

“LA BATALLA”



El autor de «La Batalla» rodeado por un grupo de amigos, después del estreno de su hermosa comedia dramática

El lunes de la presente semana se estrenó en el Teatro Santiago por la Compañía Borrás la comedia dramática en dos actos titulada La Batalla, original del poeta y escritor don Manuel Magallanes Moure.

La obra fué recibida con viva simpatía por parte del público asistente, que llamó al autor al palco escénico, repetidas veces.

Por nuestra parte diremos, que si la obra no tuvo un éxito franco, como el que esperábamos para la

obra de un tan brillante escritor, ello se debe á que la producción es la de un poeta esquisito y de un agudo observador de la vida y de la psicología. Sabido es ya que la fantasía es un defecto para un autor teatral, pues el teatro, siendo una manifestación rígidamente sintética, los análisis no encuadran en el estrecho marco escénico. De ahí que la obra del señor Magallanes Moure, siendo hermosísima de concepto y de factura, ante las candeléjas, no alcanzara los honores de la consagración definitiva.



Algunas de las estatuitas que adornan el taller del escultor

UN ESCULTOR PARISINO

UNA tarde, hace de esto algunos años, un escritor amigo mío—«que es feliz porque tiene muchos enemigos»—me mostró en la calle Ahumada, entre el tráfico bullicioso, al escultor Simón González—Acaba de llegar de París... Es un escultor parisien,—agregó. Yo estuve a punto [de sonreír la broma de mi amigo al contemplar la fisonomía del artista, que se borraba, en la turba multa, arrastrado por el oleaje callejero.—Si este hombre tiene algo de parisien,—pensé,—seguramente es la melena y el pavoro...

Pasó el tiempo y empecé á convencerme de la justeza de la observación del escritor amigo «que es feliz... etc.»

Simón González—el maestro me absuelva del «tuteo», por aquello de que la gloria empieza por ahí, que decía Pedro Balmaceda Toro—es un artista parisien. No sonriais con ironía. Lo digo y lo confirmaré. Es un artista parisien. Pero nó porque haya sido bautizado en el agua del Sena, sino que es parisien, como Jean Moreas fué griego, como la bella Otero es parisien, como Pierre Loti y Farrère son orientales, es decir, por temperamento; porque al primer paso que dió por la calle de la Paix, respiró con el aire el alma inquieta y sutil de París.

Y esto que parece una paradoja, es una bella realidad. Cuando Simón González dijo á sus camaradas montmartreses que era chileno, interpretaron sus palabras como una gentil bizarrería de artista y no se lo creyeron...

Hace días fuí á visitar á este escultor esquisito en su taller de la calle de Riquelme.

Deseaba conocer al hombre. Porque yo soy de los que creen, que muchas veces un gesto, una palabra dicha en la intimidad enseñan más de la personalidad de un artista que todo un largo estudio de su obra.

Me recibió con esa su amable franqueza hospitalaria de castellano antiguo.

Después de tres ó cuatro frases vulgares de son-daje, que son como el anzuelo para pescar una charla interesante, aquella brotó apacible y clara, como el agua que canta en un surtidor. No recuerdo cómo se enredó en la hebra con que tejíamos nuestra conversación el asunto Lepine-Zonza Briano en el último Salón Oficial de París.

Nuestros lectores deben saberlo también, pues nuestra revista dió cuenta del hecho reproduciendo un artículo de la interesante Revista de América, firmado por el «croniqueur» Gómez Carrillo.

Mientras el artista comentaba el caso, ví pasar á traves de sus pupilas una guirnalda de nostálgicos recuerdos parisienses, que danzaban talvez ante su vista, una farándula loca, como traviesos y tentadores gnomos negros, azules, rojos...

No sé por qué motivo me sentí asaltado por un sentimiento compasivo hácia aquella noble «saudade». Acaso mi espíritu vago y bohemio se adhería á sus ensueños como una humilde enredadera. Y en pleno

aller, mientras un rayo de sol, ponía coqueto rubor humano en la mejilla de un busto femenino, soñé también llevándole la sordina al artista.

¡París! ¡oh, ciudad-luz, lámpara maravillosa de la vida de las pobres mariposas del arte! Todos vamos hacia tí, con el alma, firme el alto bordón de peregrinos y la mirada iluminada y fiera! ¡Cuántos modernos caballeros de la triste figura han sido estropeados por las aspas de tus molinos de Montmartre! Pero así y toda tu red de vampiro retiene entre sus dorados hilos.

Simón González—como esos sabios de la leyenda que fueron en busca del pájaro azul y no regresaron jamás—se había dejado coger en la seductora red encantada. Y se habría quedado en su adorado París eternamente, si Juan Francisco—el pintor impresionista—que sentía la ausencia del hermano de carne y alma, no se le ocurre engañarlo para que regresara diciéndole que se moría...

Y mientras tanto, apesar de sus triunfos artísticos, la suerte no lo trataba mejor que á cualquiera hom-

bre vulgar. Su "Spes única", aquella bellísima lápida con que obtuvo un premio en el Salón de Bellas Artes, pecuniariamente no le producía sino sinsabores.

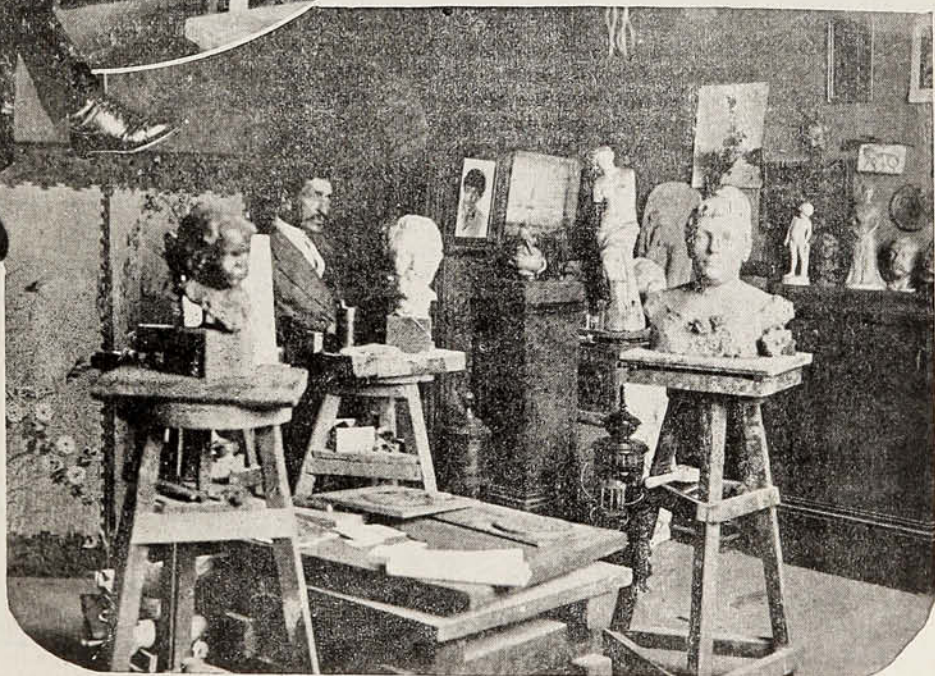
Alguien me ha contado que por ese tiempo el escultor propuso á nuestro Gobierno, en una solicitud, que es un modelo de enérgica hombría, que le pagara aunque solo fuera el costo de la maquette. Después de la interminable vía-crucis del papeleo oficial el Ministro de Instrucción puso la siguiente providencia: "Archívese". Ese seco archívese de aquel Ministro es el símbolo de toda la estulticia oficial para con nuestros artistas privilegiados.

Dije anteriormente que Simón González era un escultor parisien. Echando una rápida mirada por las obras que adornan su taller se convence uno de ello inmediatamente. Flota allí ese algo intangible y quebradizo que se desprende del paisaje galante de un abanico pintado por Watteau, de un verso de Verlain, de un sorbo de champaña. Hay algo alado y frágil, intraducible, en esas figurillas adorables. Aquí teneis una bombonera que se llama "La Tentación". Sobre una manzana Eva está sentada con una infinita nostalgia en la mirada perdida en el vacío. Sueña con algo muy dulce y suave que su carne estremecida de deseo presente que vibra y palpita en la naturaleza toda. Y mientras Eva sigue soñando, la tentación, la clásica serpiente, va trepando con infinita cautela, con tanteos femeninos, anillada alrededor de la manzana. Decidme si este poemita esculpido no es de una gracia sonriente, sutil y netamente parisien? Allá, entre el rígido abanico obscuro de una palma enana, blanquea «L'Enfant qui boude»; sobre una consola, junto a la cabeza de un Cristo de fisonomía adolorida, se destaca la gallarda y hermosa figura en mármol de la señora Besa de Díaz Garcés, esposa de nuestro Rusiñol, el brillante escritor nacional don Joaquín Díaz Garcés; acá, en un ángulo está "La fuente" de propiedad del señor Carlos Cousiño.

MARTIN ESCOBAR.

(Continuará).

I. El redactor de PLUMA Y LAPIZ, conversando con el escultor Simón González en su taller de la calle M. Rodríguez.—II. En ángulo del taller en medio de sus yesos y terracotas.





Tribulaciones

¡Qué débil, qué enfermo!
¡Qué vergüenza en mi alma,
vergüenza y hastío de nuevos pecados...
Un dolor canalla!

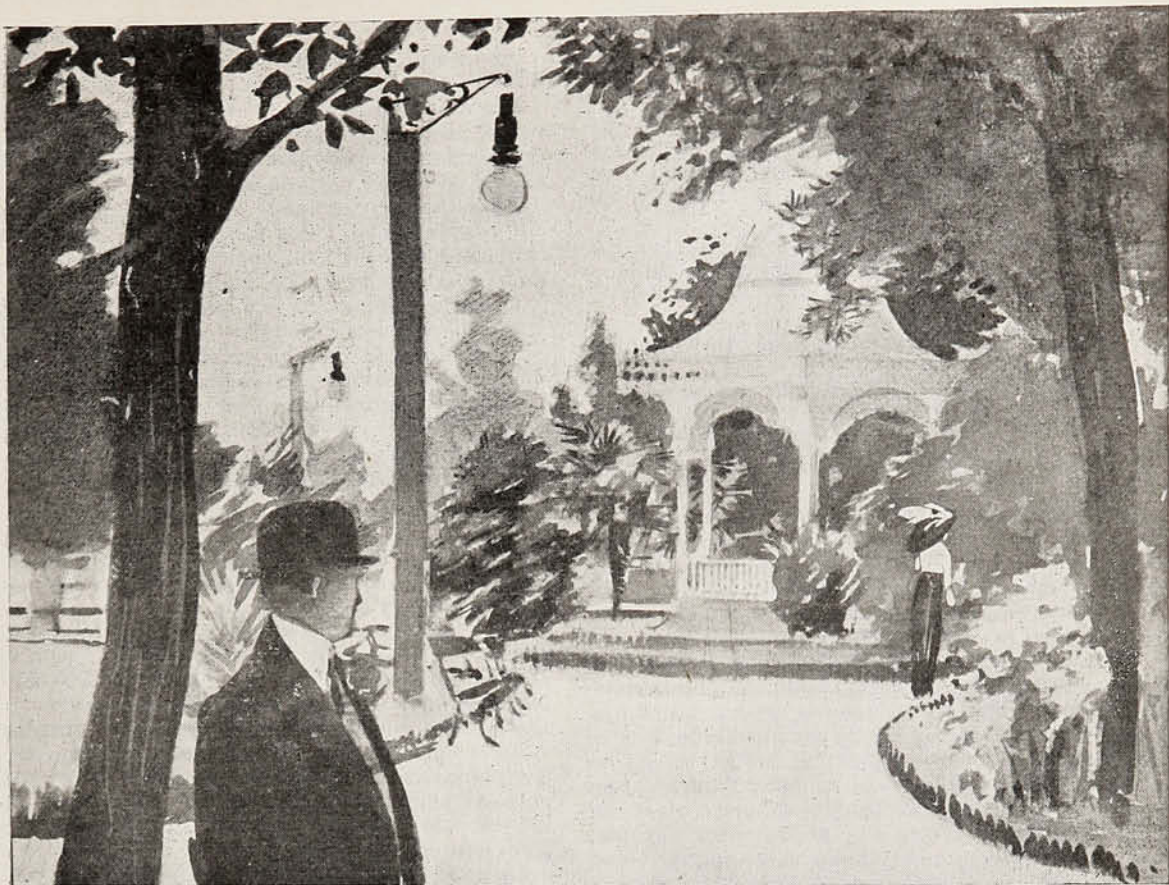
Placeres mentidos!... Mejor que placeres,
venenosas dagas.
(¡Oh benditos labios,...
tus heridas sangran.)

Que soy un pobre hombre
que las tentaciones sin cesar arrastran:
por tus ojos negros
que mienten ardores y en lo hondo se clavan.

Me gasto la vida
como una cigarra.
Y si hoy me arrepiento
volveré de nuevo á encenderme mañana.

Me gasto la vida
como una cigarra
sonando sus élitros...
que yo en vez de sangre talvez tenga lava.

A. BÓRQUEZ SOLAR.



DIARIO ÍNTIMO

(FRAGMENTOS)

Enero 27.

¡Qué noche! La inmensa bóveda azul cargada de diamantes, que palpitan con una infinita languidez: ni un soplo de viento bajo los árboles, la atmósfera tibia, perfumada, y enervadora.

Que me hablen de las noches de Niza, Nápoles y el Cairo: imposible nada más bello que esta noche de estrellas en el Parque.

En los jardines del paseo, al tiempo que un amigo me decía: «Mírala» ví pasar una silueta azul y blanca, muy esbelta, y un rostro pálido bajo un gran sombrero obscuro.

—¿Quién es?

—No sé. ¡Qué bonita! ¿Te fijaste como miró?

A la otra vuelta la distinguí de lejos, con un andar derecho, como de sonámbula; y al cruzarla observamos sus ojos muy sombreados que nos miraban con una mirada tímida y asombrada.

Se distinguía mucho entre la concurrencia veraniega y provinciana.

Febrero 1.º.

Mañana de sol. La ví otra vez...

Iba riendo, con una señora baja, rubia, de tipo fino y señorial. Reía con movimientos y expresión de chiquilla.

Vestía chaquetilla blanca y falda y sombrero plumizos, con clara y sencilla elegancia.

La ví pasar de lejos y me quedé mirándola alejarse. Se detenían un instante en las vidrieras, conversaban y proseguían caminando.

Doblaron la esquina y se perdieron de vista...

Febrero 2.

Fué una escena...

Subí al carro, tomé asiento lo más adentro, para evitar molestias; abrí el libro y, antes de leer, dí una ligera mirada á los pasajeros... De pronto, al volver la vista, me encontré á su lado, como por arte de magia, y quedé tan sorprendido, que sonrió.

Pero no me gusta de perfil.

Me puse al frente y la encontré bonita. Tiene los ojos sombreados y soñadores; pero el mayor encanto de su rostro es la boca... La boca... A primera vista parece una boca inofensiva, una boca cualquiera; pero al hablar, se descubre una infinita gracia en las comisuras. Se vé más grande (en realidad es una boca bastante grande; pero no importa, porque detesto las bocas pequeñas) y ligeramente arqueada. Hace recordar la boca ansiosa de la Quimera; pero es más inocente y al mismo tiempo, más humana. ¿Cómo diré? Más... viva, más tentadora.

Es deliciosa.

Febrero 5.

En misa, arrodillada, devotísima, rezando. El velo sombreaba levemente su cara pálida, de líneas redondas é imprecisas. De pronto, cerró el libro, volvió la cabeza y me miró sin vacilar, con una mirada larga, profunda, en que su fisonomía adquirió una expresión de timidez infantil.

En seguida se abismó en la contemplación del altar.

Febrero 6.

Está visto que el encuentro de esta persona ha de ser como una aparición sorprendente.

Aunque acaso se deba á lo distraído que voy.

En fin, hoy casi tropecé con ella, en la calle. Estaba jugando en la acera con una pequeñuela y al verme, tomola en brazos y huyó. Se detuvo en el vano de la puerta y desde adentro, la niñita saludóme con la mano:

—Adiós, caballero...

Confundido, apenas pude balbucear, quitándome torpemente el sombrero:

—Adiós...

Y me alejé rápidamente, con un torbellino de ideas en la cabeza.

Después he pensado que esa debe de ser su casa.

Febrero 7.

Casualmente, pasé otra vez por allí, á la misma hora de la tarde.

Estaba en el balcón, con varias revistas sobre el mármol de labarandilla, y la mirada fija en la lejanía. Se me figuró estar pensando en otra cosa, en una cosa vaga, en que nadie más que ella piensa.

Detúveme en la esquina para esperar carro y ella me siguió con la vista; pero yo tenía la impresión de que no me estaba mirando á mí, ni se preocupaba de mi persona, sino de otras cosas... Tiene la cabecita pequeña, como deben tener la cabeza las mujeres, y el pelo obscuro, peinado sencillamente.

De pronto, se oyeron risas y la amiga rubia—no debe de ser la hermana—salió al balcón llevando en brazos á la pequeñuela del saludo; al verme, rióse mucho, besó repetidas veces á la niñita y en seguida, después de volverse hacia mí, como para que viera, abrazó á la otra, y quiso besarla. Pero ella resistió, se echó atrás y todos desaparecieron del balcón, entre un rumor de carcajadas.

Febrero 8.

Estuve en el paseo del Parque en la noche; pero fui solo. Me encanta andar solo, con mis pensamientos, mis sueños, mi mundo. Como dice no se quién, son muchas las personas que nos quitan la soledad; pero muy pocas las que nos dan compañía. Yo todavía no he encontrado ninguna que me acompañe realmente, íntimamente...

Sin embargo, anoche no me sentí solo. Estaba esta persona rara y soñadora y que me encanta imaginar profunda como sus miradas. Vagaba por el paseo con su paso leve, que parece un deslizamiento. Una orquesta muy buena ejecutó la marcha triunfal de una ópera antigua, una marcha que es un himno de gloria, un cántico inspiradísimo, de notas vibrantes. La había escuchado otras veces; pero anoche hizo estremecer mis nervios y herir mi sangre con una fuerza desconocida. Me sentía vibrar como la cuerda bajo el arco. Cada palpitación, cada minuto de mi vida adquiría en esos instantes una intensidad extraordinaria en comunión con todas las cosas naturales; comprendí las flores y las estrellas. Y cuando ella pasaba con sus ojos soñadores y su expresión ausente, me parecía haberme ido con su pensamiento muy lejos de la multitud que giraba, envuelta en fina polvareda de arena; me parecía que nos estábamos penetrando mutuamente las ideas y que éramos conocidos de mucho tiempo, viejos amigos que se comprenden y adivinan en una mirada. Cuando cesó la marcha, me sentí cansado, agotado como después de un grande esfuerzo. Habiendo perdido las cosas su prestigio fascinador, salí del paseo hacia el bosque sombrío, saboreando la más deliciosa y embriagadora melancolía.

Febrero 9.

Anduve en la mañana por el Cerro. Leía El Amor de los Amores, por Ricardo León...

Era muy temprano, y la cordillera y el campo aparecían velados por un tenue velo de niebla. ¡Qué encanto sentirse lejos y por encima de las calles de la ciudad en el aire puro de la altura!

Deseaba ardientemente que ella apareciera por allí y la busqué en todos los caminitos, haciéndome la ilusión de que la iba á encontrar en algún escondido banco, leyendo y meditando.

Cansado al fin, sentéme y proseguí esta admirable y deliciosa novela de amor.

Es indudable que los místicos ahondaron más que nadie en el amor, en ese amor del alma cuyas profundidades abisman.

Repetí varias veces, cerrando el libro, aquella estrofa magnífica que termina:

«Mi amor es el amor de los amores...!»

¡Qué bella!

Febrero 10.

Oh! miseria humana ineludible. La he visto, la he seguido por la calle, la he seguido como un cadete, hasta su casa, y ella ha mirado, ha mirado mucho, ha vuelto la cabeza varias veces. Me siento humillado y encantado. Iban otros también, detrás... ¡Qué risa! Me sentía tan seguro de ella... Me parece que soy su íntimo amigo y que nadie se entiende como nosotros. Dos galanes quedaron en el camino, desalentados.

En la noche la ví también. Estaba en el balcón, sola y pensativa. De pronto un automóvil pasó y ella se entró vivamente al salón, reapareció á poco y el veloz vehículo volvió á cruzar la calle, repitiéndose la maniobra de ella...

Un amigo pasó y me saludó riendo.

Febrero 12.

Ya se sabe, ya sé... Están todos empeñados en que la conozca luego; pero yo, la verdad, no tengo demasiado empeño. Me encanta verla y figurármela ideal. ¿Lo será? Quien sabe. ¿Porqué nó? Tiene un modo delicioso y una voz suave, apagada, una de esas voces que cubren y suavizan las cosas, una voz que acaricia y mece dulcemente. Cuando conversa con su amiga rubia ó con la niñita que me saludó, parece tan cariñosa siempre...

Ayer iba pasando frente á su balcón, donde ella estaba con la pequeñuela, cuando de pronto, una revista—«Sucesos»—cayó á la calle. Iba á atravesar la calzada para levantársela, cuando otro se adelantó y se la pasó. Apenas el servicial intruso había dado dos trancos [paf! al suelo «Sucesos»... Entonces tuve tiempo de cruzar la calle y entregársela en su mano. Al darme las gracias, sonreía. ¡Qué bonita estaba!

Febrero 14.

Hoy besó á la niñita. Yo la ví desde la esquina.

Era un delicioso contraste el de la cabecita rubia, angelical, y la cabeza obscura y los ojos sombreados.

Febrero 17.

«¿La femme? Oh! fille malade»...

—Yo soy muy amigo de la María; me han dicho que estás muy enamorado de ella, que no pasas más que en el balcón. ¿Quieres que te la presente? Es muy dije... Yo tengo mucha confianza con ella, la conozco desde chica...

—Bueno—contesto, casi de mala gana.

¿Por qué? No sabría decirlo.

Se acercó. Ella andaba con una prima que no se le parece en nada, y con la cual creo que no «vibraría»,

como dice Gómez Carrillo. Mirándola, al acercársele mi oficioso amigo, tuve un vago presentimiento de «jettatura» y se me oprimió el corazón.

Ví que hablaba vivamente, que ella se asombraba, reía... ¿Qué estaría diciendo?

Atrozmente inmutado, volví la espalda y caminé aprisa, como para huir de la gente.

De pronto, uno corriendo se me acercó, tocóme el hombro.

—Oye!

—¿Qué dijo?—El otro repitió fielmente.

—Le pregunté: ¿Quiere conocer á este amigo mío, que me ha pedido se la presente?

—¡Haga como le parezca...!—me contestó con un modo frío, indiferente.—Pero ¿quiere que se lo presente?—insistí.—Entonces me interrumpió:—«¡Pero si no lo conozco ni de vista!»

—¡Ni de vista—exclamé... Así es que... ¡Y entonces... entonces... ¡Pero hombre... Ah!

En ese momento venía ella y me miró tan extrañada, tan ofendida, que me avergoncé, le pedí disculpas á mi amigo y me fuí dudando si realmente, no la conocería ni de vista...

Pero ni de vista...

«Oh! fille malade, douze fois malade»... Bien decía Alfred de Vigny...!

Febrero 18.

Ví salir el sol desde el Cerro Santa Lucía y hé revivido, he sentido salir el sol en mi alma. Llevo una

revista literaria; pero el paisaje, era tan lindo, el aire tan delicioso que apenas leí... Apenas, una estrofa de un poeta mejicano.

Esta...

¿Un amor que se va?... ¡Cuántos se han ido!
Otro aa or volverá más duradero
Y menos doloroso que el olvido.
El alma es como el pájaro viajero
Que roto el nido en el ruinoso alero
Sobre otro alero reconstruye el nido...

De pié en la más alta roca del Santa Lucía, teniendo á mis piés todos los aleros de la ciudad, todos los árboles y los nidos de los campos y las montañas, he aspirado el aire fresco, perfumado y vivificador de la mañana, repitiendo con fruición este verso consolador y bellissimo:

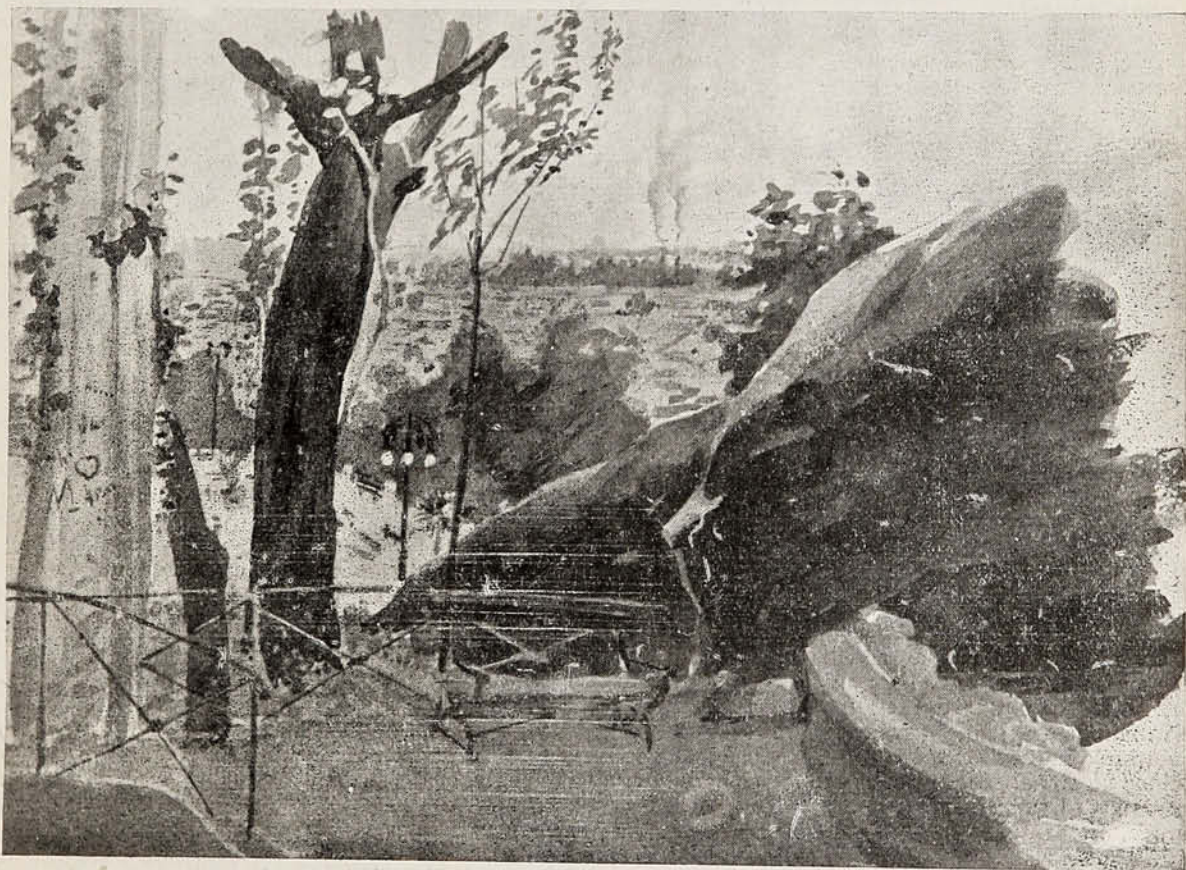
¡Sobre otro alero reconstruye el nido...!

ALONE. (1)

Santiago, Agosto de 1912.

(1)... Hemos recibido por segunda vez un artículo firmado por «Alone», sin que hayamos podido averiguar cual es el nombre que corresponde á este seudónimo. ¿Quién es? ¿Es uno de los jóvenes conocidos? ¿Es un nuevo escritor que aparece al campo de las letras?

—Sólo podemos decir que es un artista de primer orden!



Vi salir el sol desde el Cerro Santa Lucía y he revivido, he sentido salir el sol en mi alma...

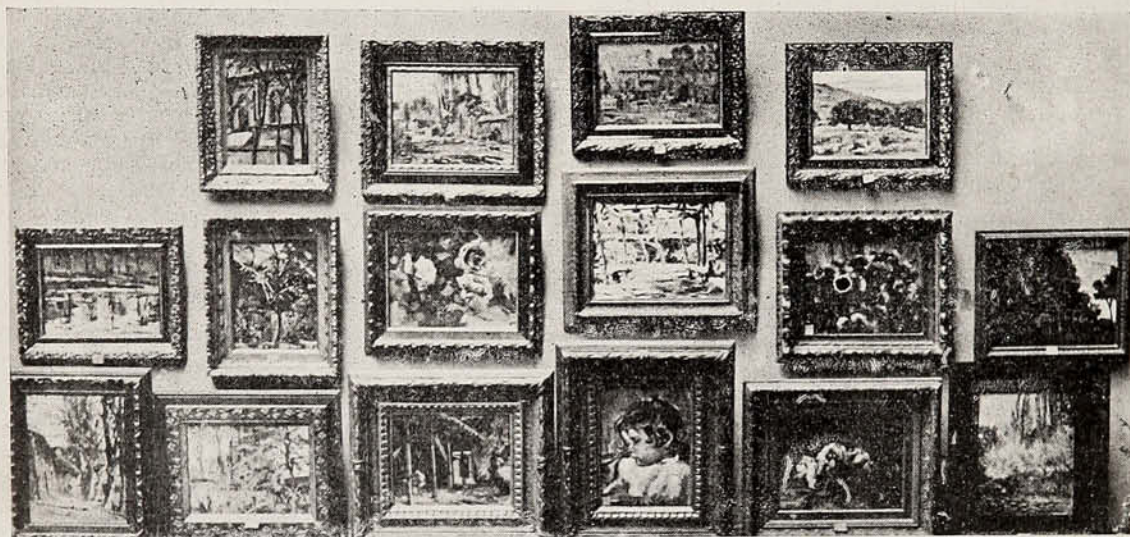
En el Centro de Bellas Artes

No puede negarse que una impresión alentadora sugiere al ánimo la vigorosa generación de pintores que se inician.

Se ve trabajo, trabajo hecho, hermosa realidad y buen gusto, sobre todo buen gusto. Ningún cuadro hace torcer el gesto con una mueca de disgusto ante una exageración de realidad o ante un dote de color vaciado sin pensamiento preconcebido sobre la tela blanca. Hay un cuidado del dibujo, una proporción de formas y sobre todo, una intención eminentemente intelectual. Se comprende y se explica claramente esta tendencia en los jóvenes pintores novísimos. Ellos tienen por delante otra generación que ha luchado y ha creado, si se quiere, un ambiente. Tienen una escuela de aprendizaje y, por consiguiente, la hostilidad del medio es para ellos mucho menos hosca. Trabaja con



El Sub-secretario del Ministerio de Instrucción y un grupo de caballeros que asistieron a la apertura de la exposición



Grupo de cuadros presentados por los alumnos de la Escuela de Bellas Artes organizados en Centro.



Grupo de señoritas que concurrieron a la inauguración

más serenidad y sus pasos van más seguros, por consiguiente.

El progreso en el dibujo es evidente, aunque en una tela pequeña esa dificultad técnica no ofrece los obstáculos de un cuadro de grandes proporciones. Sin embargo, se ve claramente que esa cuidadosa meticulosidad del detalle ha hecho desaparecer el colorido: no se ve sol. Se multiplican los cuadros brumosos con intenciones francamente carrierescas, aunque en este sentido sea una maravilla de técnica un retrato de Gordin y otro de un joven pintor cuyo nombre no recuerdo en el momento.

También es digno de mención la pequeña tela del cuadro de Caracci, de claro y preciso colorido. El esfuerzo técnico es francamente plausible; y el colorido, de una suave tenuidad de acuarela, trae ráfagas primaverales y alientos de juventud.

M. L.



Valparaíso, 1.^a semana de Agosto de 1912.

La Universidad Popular (extensión universitaria).—La vida obrera.—El mundo del trabajo y del sufrimiento.—Los héroes anónimos —Anarquía pintoresca de un grupo intelectual.

HAY que confesar que en un principio nos suenan mal juntos el nombre prestigioso de Universidad y el desprestigiado de «pueblo». Proviene esto probablemente de que el primero sugiere un concepto de tradición ilustre, el templo de la ciencia hermética, en tanto que el otro aparece como un concepto novísimo ya desprestigiado por el abuso de políticos sin talento, pero no sin ambición, inescrupulosos pero aduladores.

Si el título de Universidad es ya inquietante para nosotros, figurémonos cómo ha de parecerles á los obreros manuales que apenas si han conocido el dintel de la escuela primaria. Por nuestra parte sentimos despertarse innumerables imágenes librescas; los claustros de la Sorbona, resonantes bajo el paso impaciente de Abelardo; los patios de Salamanca y sus riñas dialécticas terminadas por el agudo argumento de las tizonas; los severos doctores de Bolonia de negro traje talar, reproduciendo á lo largo de las galerías sombreadas por los limoneros la silueta del sombrío gibelino de la «Divina Comedia»; todavía Múnich y Nüremberg con sus estudiantes bulliciosos, expiando en las callejuelas para enlazar por la cintura con su fuerte brazo de duelistas, á alguna Gretchen de ojos azules y largas trenzas rubias; y por último Kazan y Moscow, colegios que se reparten por mitad los aristócratas libertinos y los callados conspiradores nihilistas.

El obrero no sabe, naturalmente, nada de esto, y por lo mismo desconfía de la Universidad, de sus viejos latines, del lenguaje incomprensible de que hacen gala los pedantes y doctores. Ignora nuestro hombre cuánto debe el trabajo á la ciencia y cómo es ella de predestinada á habilitarlo un día para el descanso y el goce de la vida. Esta es la labor de los emisarios de la vulgarización científica que han llegado por estos días á Valparaíso, para unirse con los que aquí trabajan por ese ideal dentro del arte. ¡Bien venidos! Su obra es de esas que hacen pasar por nuestro espíritu una ráfaga de entusiasmo, de los que reaniman nuestras energías y nos corroboran la conciencia de nuestra dignidad de escritores.



Nuestros obreros sólo conocían las ventajas de la Filarmónica y del «Centro Social de Ambos Sexos», donde cumple á conciencia la función mancomunada de bailar, discursar y beber. Hay en sus reuniones algo de chocante, y es el afán de imitar, parodiándolas, aquellas maneras más notables de la clase rica. Es la faz irremediablemente cursi de sus fiestas; irremediablemente triste además. Pero cuando las lenguas se desatan y los gritos ingénitos recobran su libertad, vemos aparecer las características del alma popular, sus chanzas ilustradas con manotones más

ó menos intencionados, sus querellas sentimentales, su bulliciosa exaltación; no se qué de forzado, de frenético, de rabiosamente satisfecho.

Los mozos de guantes y hasta de *s.ocking* no pueden olvidar, sin duda, que al día siguiente deben madrugar al llamarles el pitazo de la fábrica ó el despertador acordado con el implacable horario del taller. En cuanto á las muchachas ¿cómo olvidar entre sus trajes de segunda mano, dentro de su corsé demasiado estrecho, la miseria del cuarto redondo, donde no hay otro objeto de adorno que su espejillo y su fotografía?

Mientras ellas gozan de un descanso bien ganado, y rodeadas de galanes un poco demasiado francos se hacen la ilusión de sentirse mujeres como las otras, en la casucha del cerro la madre vela junto á la parvada, á la luz de la turbia lámpara que trasuda su parafina, la pobre mujer repasa la ropa, aplancha el lavado ageno ó cose «para la tienda». ¡Qué hacerle! El marido ha muerto prematuramente; se lo llevó el trago, la riña con el camarada ó el engranaje de la máquina. Ahora son sus débiles huesos los que soportan todo el peso del hogar, sin quejarse jamás, sabía por la resignación y heroica por la constancia en el esfuerzo.



¡Ah, y cómo nos hacen sonreír ahora nuestras queridas utopías de anarquistas! Las corbatas rojas, el verso rebelde, el epíteto acusador de burgués... Las veladas casi en familia, donde se entraba con cierta reserva masónica que hacía temblar á los no iniciados... Los artículos y discursos incendiarios, en el rigor de la palabra, y nuestra fe de fanáticos en la bondad ingénita de los hermanos oprimidos... ¿Qué fué de todo eso?

El grupo desbandado, los axiomas de fraternidad universal carcomidos por el escepticismo mezclado á la dura experiencia... La conciencia que se revela á la esclavitud de un dogma cualquiera, aún cuando éste sea el de la libertad absoluta; el desengaño de las primeras ingratitudes, y por sobre todo esto la certidumbre de que los hombres de bien no hay que buscarlos en los casilleros políticos ó sociales, sino en el campo de la lucha diaria donde salen todos los que tienen conciencia de su fuerza ó anhelan poseerlas.

Ahí está abierto el palenque. Cada sábado, después de recogido el precio del trabajo de la semana, el obrero puede hacer algo por la vida espiritual, por el enriquecimiento de su cerebro. Para esto debe esforzarse por comprender, y dignificarse; porque como Heine decía, el ideal consiste en levantar á los de abajo, no en rebajar á los de arriba.

E. MONTENEGRO.

RECORDANDO A HEINRICH VON KLEIST

Ein von der Natur schoen
intentionirte Koerper.

GOETHE.

EL 21 de Noviembre de 1911 celebró Alemania el primer centenario de la muerte de Henrich de Kleist.

Nada tan trágicamente romántico como la vida de este escritor que fué tocado desde su cuna por el hada de la adversidad. Se pensará que en él se encarnó el mal de Werther y el de René; el mal del siglo que Goethe supo desafiar y vencer. Enrique de Kleist fué un enfermo de cerebralismo morbosos y de hastío incurable. Max Nordau le clasificaría entre los anormales de la literatura. Hacia él convergen las corrientes pesimistas de su época y parecen cristalizarse en el milagro de una imaginación que es como un diamante negro, trágico y obsesor, en el que se reflejan todos los caprichos y las exelsitudes todas. Su alma triste vivió siempre huérfana de caricias, perdida en un oceano de reflexiones, cada vez más hondas y angustiosas. Sediento de sabiduría, estudió metafísica y leyó á los filósofos clásicos; la crítica demoledora de Kant fué destilando en su espíritu una melancolía racionalista cada vez más acentuada. Al amparo de tal orientación su juventud perdió el poco calor primaveral que le quedaba y se hizo reconcentrada y huraña. De entonces data la acentuación característica de su temperamento vigoroso, egoísta y desconfiado. Antes de tiempo aprendió á odiar la vida: su mocedad no fué más que la prolongación amarga de una adolescencia esquiva. Un aislamiento prematuro del pequeñuelo que ignoró los goces del hogar tibio, animado por el solo consuelo de los libros y por las ilusiones de los quince años, modelaron su espíritu en los moldes de hierro de la desconfianza y de la incertidumbre. Ya mozo hubo de ingresar al ejército, más por necesidad que por

inclinaciones naturales, en cuyo ambiente la flor bizarra de su espíritu se abrió á la conciencia de la vida con supremos gestos de rebelión. En el militarismo odió la tiranía de la fuerza, la esclavitud del deber bárbaro... «en las paradas de mi regimiento—escribe—no puedo ver más que un símbolo viviente de la tiranía». Cumplido el plazo de su primer contrato, obtuvo permiso para trasladarse á su ciudad natal, Francfort sobre el Oder, á continuar sus estudios en la Universidad. Fueron seguramente aquellas las horas más tranquilas de su vida. Un día el ave cansada de su espíritu enfermo, creyó encontrar el reposo ideal para su juventud precozmente amargada, bajo el alero que le brindara la dulce Guillermina de Zenge. Kleist se enamora perdidamente de la joven. Hasta un año transcurre entre amorosos instantes de coloquio sentimental. Durante la primera ausencia sueña con plácidos sueños de burgués en la amada lejana: «Horas enteras—la dice en sus cartas—permanezco en la ventana, penetro en diez iglesias, recorro la ciudad y no veo nada, no veo más que una imagen, tú! y á tus piés dos pequeñuelos y un tercero junto á tu seno». Luego el escepticismo comienza á ocupar de nuevo su espíritu y las constantes lecturas de Kant despiertan su afán metafísico por las búsquas más abstractas. Guillermina, entre tanto, cultiva su cariño con piedad sentimental; es una muchacha ingenua, que ignora las arideces del estudio y que, acaso preferiría un beso fresco ó una frase ardiente, á una reflexión sobre la finalidad del conocimiento. Más, poco comprensivo Enrique de Kleist, pretende modelar el espíritu de la niña á imagen y semejanza del suyo; y, en vez de requerirla de amores en sus cartas, le escribe: «No podemos saber si lo que nombramos

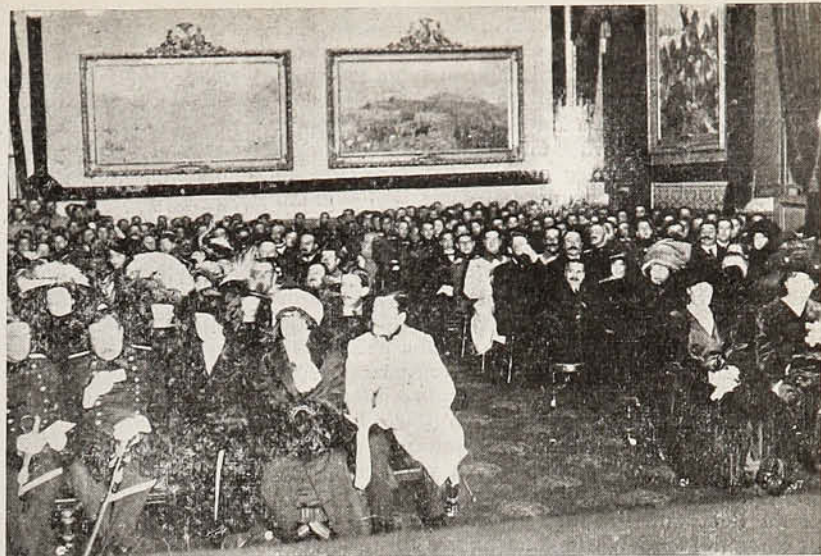


Grupo de amigos que fueron á recibir al doctor Ferrerá su llegada del norte después de cumplida su misión de patriota y de médico.

verdad es verdaderamente la verdad, ó es solamente una apariencia». He aquí al kantiano convencido que no olvida la filosofía del maestro. Desgraciadamente llega un día en que el poeta regresa junto á ella y pretende inducirle á huir con él; Guillermina se resiste; Kleist se indigna y se aleja para siempre.

Después de este primer desengaño Enrique de Kleist se decide á escribir de lleno. Parece que la brújula de su espíritu ha encontrado definitivamente su Norte. Del convencimiento de que sus aptitudes para la especulación filosófica son nulas, despierta en él el imaginativo atormentado por el cerebralismo. Su cultura es sólida y universal. Ha viajado bastante: visita en varias ocasiones París con cartas de presentación para los sabios y los escritores más distinguidos. Su intento es dar á conocer á Kant y erijirse en el apostol del kantianismo; más, tales proyectos no fructifican. La curiosidad de los parisienses no se siente atraída por los vuelos atrevidos de la metafísica del filósofo de Koenigsberg. Estos fracasos sentimentales atormentan su espíritu: su ánimo se agria más y más. En dos ó tres ocasiones pretende suicidarse; los prudentes consejos del señor de Pfuel le convencer y le reconfortan. Su enfermedad cerebral no encuentra distracciones ni remedios; la lucha de sus ideales contra las necesidades indispensables de la vida le atormenta. ¡Ariel en pugna con Calibán, en riña eterna! París se le antoja una pocilga donde se fraguan las pasiones más bajas. Evoca el estado de Alemania; la sumisión de los coterráneos ante el yugo napoleónico, y arde en ira.

Vuelto á Alemania continúa en sus labores de escritor: compone dramas, estudios y novelas cortas. Conoce á Wieland en Osmannstadt, en cuya casa vive dos meses entusiasmado al poeta con sus insólitas fugas imaginativas. Un día le sorprende con la lectura de los fragmentos de un drama "Roberto Guiscard"; Wieland se entusiasma hasta escribir so-



Asistentes al acto literario musical organizado en la Escuela Militar en honor del Almirante Latorre

bre Kleist un juicio elogioso hasta la exageración: "Si los espíritus de Squilo—dice—de Sófocles y de Shakespeare se reunieran para componer una tragedia, esta tragedia se parecería á "Roberto Guiscard" de Enrique de Kleist, suponiendo que lo menos el conjunto respondiera á los fragmentos que me ha leído". Semejante triunfo distó mucho aún del éxito soñado; la vida que lleva es pobre, casi miserable; los empleos que ha obtenido no ha logrado conservarlos durante mucho tiempo. Su humor cada día se torna más y más insoportable. Como buen romántico, demasiado ingenuo, vive de ensoñaciones, sin alcanzar á penetrarse del sentido amargo de la realidad. Y es que Kleist supo ser siempre más poeta que hombre: sólo así se comprenden esos tres últimos años de su vida, tristes, claudicantes y dolorosos hasta la desesperación. En París había conocido á Carolina Gunderode, espíritu delicado y sensitivo. Largas horas vivió junto á ella acariciando ambos el dulce sueño de la muerte. Poco tiempo después Carolina se arrojó al Rhin, víctima de un desengaño amoroso. Fué este un golpe horrible para Kleist que abrió en su corazón una herida enorme, dura y helada como una boca sin vida.

Pobre y abatido más que nunca, viviendo miserablemente, Enrique de Kleist logró encontrar un alma hermana de la suya solamente en el verano de 1811. Visitaba á menudo el hogar de un funcionario berlinés que le presentara su amigo Adam Muller. Allí conoció á Enriqueta Adolfin Vogel, esposa de aquel santo barón, mujer artista, de espíritu refinado y alma nostálgica de ideal. Kleist amaba la música con delirio; Enriqueta tenía una voz encantadora y tocaba el piano con rara maestría. Nació entonces entre ambos un afecto silencioso, triste y escéptico.



Asistentes á la fiesta organizada en honor del señor Balcells

En el silencio comunicativo de los minutos de confidencias sus almas gemelas se penetraban y se comprendían. Enriqueta llegó a amarle apasionadamente; el poeta y ella se buscaban en las horas tranquilas, atraídos por la extraña comunión de sus dos espíritus afines. Kleist la poseyó un día y fué solamente después de aquel instante cuando Enriqueta Vogel soñó junto a él en el suicidio. Ella deseaba el consuelo de la muerte con ansias no contenidas: el tormento de un cáncer muy avanzado que le roía el pecho como una hidra, amargaba sus horas y la indujo a despreciar la vida. Hacia ella llegó el poeta como el Destino, callado y triste. En cierta ocasión propicia Enriqueta le arrancó a Kleist una formal promesa para que la auxiliara en un trance difícil. Hastiada de soportar durante más tiempo su calvario deseaba suicidarse. ¿Se prestaría a ser su amante y su verdugo? Lo que ambos acordaron en tal minuto lúgubre no admite suposiciones. Los hechos se encargan de confirmar el epílogo de la historia. Se amaron locamente, más allá de todos los convencionalismos de la vida, hasta que el 20 de Noviembre de 1811 partieron a Berlín en dirección a Postdam. En una pequeña posada de los alrededores del lago Wann soñaron esa última noche de idilio y muy de mañana sólo las aguas del lago fueron testigo del trágico fin de esas vidas. Enrique de Kleist, cumpliendo su promesa de honor, le partió el corazón de un pistoletazo y junto al cadáver de la mujer amada se atravesó en seguida el cráneo. El primer labriego que acudió al ruido de los disparos dió fe de haber presenciado a ambos corriendo alegremente entre los árboles un momento antes ¿Se podía despedir con mayor tranquilidad a la vida? Así puso fin el destino a ese idilio de Otoño. Kleist encarna el alma de la Alemania romántica. En Rousseau y Goethe aprendió a despreciar la vida.

La obra de Enrique de Kleist respondió en todas circunstancias a sus estados de ánimo vacilantes. A partir con su comedia "El cántaro roto", compuesta en un instante de su vida en que la fortuna parecía sonreírle, su labor se inclina hacia un idealismo romántico que poco a poco se acentuará con intenciones amargas hasta terminar en una dolorosa crisis sentimental. Todo contribuye en su juventud a amargar su obra: el estado porque atraviesa Alemania después de las invasiones napoleónicas, las decepciones amorosas que ha sufrido, y la absoluta falta de comprensión que han encontrado en el público sus novelas cortas y sus dramas. Tanto "La familia de Schrockenstein", como "Pentesilea", hasta llegar al "Príncipe de Hombourg" son escasamente leídos y juzgados. Las novelitas cortas "La mendiga de Locarno" y "El terremoto de Chile" apenas si son pasto de lectores curiosos. Kleist recibe de Goethe y de Koerner saludos de aliento y juicios cariñosos; pero esto sólo no basta: el poeta aguarda que la gloria le sonría, la gloria enorme de los Schiller, de los Lessing ó de los Wieland.

Sin embargo, el pequeño éxito que no lograron conquistar ni "Catalina de Heilbronn" ni "La batalla de Hermann" le alcanzó a sonreír debilmente a su novela "Miguel Kohlhaas", actualmente olvidada entre los propios alemanes. Hoy se clasificaría este librito delicado, con pequeñas salvedades, entre las novelas psicológico-sentimentales, como "Los dolores del joven Werther", "Adolfo" ó el "Obermann". Kleist realizó en ella un intento vigoroso de novela romántica con ciertas vistas patrióticas de simpático alcance. Miguel Kohlhaas es un traficante en caballos que, forzado por las iniquidades de una injusticia, se torna en vengador de los espoliados por el despotismo de la autoridad de cierto señor feudal. Es un her-

mano de los bandidos de Schiller, como ellos noble generoso y romántico, desfacedor de entuertos y vengador de honras. Se pensara de un Quijote más consciente de su deber y de sus venganzas. Tras largas peripecias, propias del caudillaje, Miguel sube al cadalso, deshonrado, víctima de sus propias ilusiones utópicas.

Mejor que en los dramas es en esta novela donde se adivina todo el vigor del temperamento de Kleist. Si en su obra "Pentesilea" encarna un aspecto pasional más acentuado y en "La batalla de Hermann" apunta su nacionalismo viril hasta llegar a ser, como advertía Saint René Taillandier «su grito de guerra contra Napoleón», en "Miguel Kohlhaas" ha vaciado todas las irregularidades anormales de su temperamento. Miguel es el Kleist romántico y patriota que olvidado de sus primeros arranques anti-militaristas confluye con una causa de salvación de raza. Además, merece recordarse esta novela por su estilo puro, diáfano y preciso, vibrante de colorido y de emoción. Kleist fué en ella un precursor de muchos románticos como lo fueron también el gran desconocido Luis Tieck y el místico Wackenroder ó el nunca bien ponderado Novalis, autor de esa joya primorosa que se llama "Heinrich von Ofterdingen".

El teatro de Kleist es violento, desarreglado y sobretodo friamente intelectual. A pesar de la belleza y elegancia sencilla de sus versos el ambiente lírico no es sostenido y regular. Acaso la sequedad del discípulo de Kant vuelve a reaparecer aquí. Los personajes son, ante todo, imaginativos; se destacan en la escena con vigor extraordinario; tienen los rasgos de caracteres definitivos. Kleist poseía en alto grado esa potencia creadora de los Shakespeare, de los Goethe y de los Tirso de Molina; más, le eran extraños el método y el conocimiento acabado de los resortes escénicos a pesar de su enorme cultura. ¿Quienquiera que haya leído sus mejores dramas olvidará acaso esa Catalina admirable ó el príncipe de Hombourg? Sin embargo, los héroes de sus obras viven y sienten en un mundo de ensueño y de fantasía. Los diálogos son poemas ó tiradas líricas. He aquí, pues, las razones por las cuales este teatro fué considerado en su tiempo como revolucionario y negativo. Cerca de la clásica corrección de las comedias de Lessing los dramas de Kleist representaban la anarquía y el desarreglo. En la actualidad hay escritores alemanes en quienes la influencia del poeta romántico se advierte fácilmente, así sea en Gerardo Hauptmann ó en Ricardo Voss.

En la historia del romanticismo alemán el nombre de Enrique de Kleist ocupa un lugar bien alto junto a los Koerner y a los Chamisso. Fué un temperamento apasionado, un sensitivo exaltado, a quien la sed de amor y de gloria atormentó despiadadamente. Werther político le ha llamado uno de sus admiradores; talvez será más acertado decir de él que fué un Werther humano hasta la tortura de lo imposible, que soñó en la estrella desconocida de una forma ideal que no llegó nunca. En su espíritu parecía haberse posado el ala de Ariel, bañando su frente de celeste ensueño. Hoy, una centuria después de su trágica muerte, apreciamos su obra en total, a través de las corrientes del romanticismo de fines de los siglos XVIII y XIX que atormentaron la literatura alemana. Kleist encarnó todos los defectos y todas las sublimaciones de su medio y de su época. Vivió torturado por el ideal, enfermo de ensueño y de desesperanza. Su obra es su vida: con todos sus arranques y con todo ese su cerebralismo anormal que le arrastraron hasta la terrible locura de un doble suicidio sentimental.

ARMANDO DONOSO.



Personas conocidas

TÚ...

(DE TODAS LA MAS AMADA)

Al fin logré, señora, hablarte cara á cara;
al fin de tu palabra oí la nota rara:
al fin huyó el abismo que cruel nos separara.

Fué en una tarde fría—y en una recepción—
Madame de Pompadour—te proclamó el salón—
Y, bella, como élla, te halló mi corazón.

Temblé cuando tu mano, tocó la mano mía;
temblé, cuando tu frase brotó su melodía...
—La música lloraba y el mundo se reía—

De tus pupilas negras miré el profundo abismo;
y fueron tus pupilas un negro fatalismo,
para mis sueños blancos cargados de idealismo.

Pero en tu boca ardiente, ardiente y misteriosa,
miré un supremo enigma, miré una extraña cosa,
que hizo que en la sombra te viera luminosa.

Porque tu boca es alma, y tu alma es encen
[dida:
porque de rojos besos, tu boca es la guarida:
porque á tu loca boca, voló toda mi vida...

Perdón, ¡oh gran señora, por falta tan terrible!
Decirte que te amo, es algo incomprensible,
porque tus besos guardan un mundo de impo-
[sible.

Me basta que tus ojos, tus manos y tus frases
se enrosquen en mi vida en asesinos haces,
aunque divina y dulce, al lado mío pases...

Llamas serán tus ojos para mi senda oscura.
Tu voz, tu cuerpo y todo, á todo me conjura.
Eres humana y bella, y cuanto humana pura.

Te sueño toda mía: sin frenos, sin distancia!
Y, sin embargo miro tu rostro y tu elegancia,
como á través de un cuadro del «Gran Triánón»
[de Francia...

Mas, á pesar de todo, te hablé yo cara á cara:
y oí de tu palabra la nota dulce y rara...

(Aparentamos juntos, tristeza ó fatalismo.)

Nos atraemos juntos, pero algo nos separa...

—Señora: dame el brazo...y vamos al abismo!

CLAUDIO DE ALAS.

MCMXII—Julio.

Bajo el templo solemne tus infantiles labios
pusieron el asombro en la faz de los sabios.
Cogiste tu pesado bordon de peregrino
y te ecnaste á rodar por el largo camino.
Bendijiste á tu paso, bajo el sol infinito,
al pobre, al miserable, al enfermo, al proscrito.
Se estremeció imponente al peso de tu báculo
en sus duros cimientos el vasto tabernáculo.
Inundada tu frente de cristalina luz,
fué Divino Poeta, tu gran estro la cruz.

ARMANDO ROJAS MOLINA.

EN LA REDACCION

Cuando á la luz rojiza de mi lámpara es-
[cribo

Un artículo sobre una cuestión social,
Resucita tu blanco recuerdo fugitivo
Hablándome de aquella tarde sentimental...

Pienso en escribirte algo...un cuento sugestivo...
Un soneto...una estrofa moderna y musical...
Miro el reloj...¡las doce!...y sigo pensativo
Escribiendo mi artículo para el editorial...

Y tú, mi virgencita, ahora que ya sabes
Que bajo aquellos párrafos doctorales y graves
Hay un madrigal roto ó una estrofa trunca,

Podrás llorar conmigo mi ensueño fracasado
Sobre aquellos artículos en donde he enterrado
Los poemas de amores que no escribiré nunca...

DANIEL DE LA VEGA



HUERFANOS —Cuadro de Fossa Calderón

LA TRISTEZA DEL BIEN

(Fragmento de esta novela en preparación)

A solas en la solemnidad de la noche, como una niña pecadora y contrita, Olga llora en silencio, acodada en el barandal. Capitales son para el mundo sus pecados: son el amor y el candor. Y el barandal, como el reclinatorio de un confesionario, recibe impasible, grave, las lágrimas calientes y espesas.

No se ha encendido la farola en el corredor del «chalet». El cielo está fosco y cerrado, negro el mar, quieto y misterioso el jardín. Abajo duerme la fundición, y exhala humos leves que desmenuza el viento. Martiriza, como la evocación de una condena infernal, la cabalgata de las olas: galopan roncadas, sombrías, recordando manadas de lobos en un campo negro. La atmósfera húmeda huele a lágrimas. Lejana, una guitarra zumba y semeja un moscardón. Y Olga llora, llora en la solemnidad, triste, contrita de sus pecados capitales: el amor y el candor.

El tiempo pesa, eternizándose: estiempe de ansiedad y de tormento.

Trajina doña Matilde, afanosa, en el dormitorio de la niña. Las sombras de sus brazos se agigantan, van y vienen sobre la pared.

De la fundición sale una linterna verde, vaga entre algunas lanchas varadas, sedetiene, vuelve a dibujar en la sombra y al fin queda cerca de la línea férrea. Un rancho hay cerca, en la falda del barranco: llora luz amarilla su puerta; gente platica fuera del rancho, gime el acordeón y una voz marinera canta:

¡Mi barco, la mar!
No quiero olvidar...

Es muy triste padecer
pasión mal correspondida,
Pero es peor aún la vida
cuando no hay a quien querer.

¡Mi barco, la mar!
No quiero olvidar...

Y sigue.

De improviso, surge por la curva una locomotora, y avanza lenta, retrocede, se cuela en el desvío. Por momentos, su jadear apaga la voz marinera. Ráfagas

de viento bochornoso suben olor de hierro caldeado hasta el corredor; son calientes, estremecen las plantas del jardín: mal tiempo auguran.

Y acodada en el barandal, Olga llora: su brazo afinado en la sombra, sube hasta los ojos el copo de un pañuelo. En la negrura triste, Olga es una triste claridad.

Pesa el tiempo. Como una fiera encadenada que forcejease, la locomotora resuella; juegan en su traserá resplandores de fragua, iluminan al foguero que arrastra sobre hierro paladas de carbón, tiembla la llama de un candil en el torso negro del monstruo... Calla la música en el rancho; zumba la guitarra: lejos, semejante a un moscardón; ronca el mar.

De repente, ahoga la máquina un grito en la atmósfera densa; distante, otro grito responde; el viento trae los jadeos de un tren, que martillea la atmósfera cada vez más cerca, más cerca... Hasta que los cerros encajonan un estruendo muy próximo, y, con estrépito de hierros, trepidante, veloz, el tren pasa empenachado de humo rojizo y constelado de chispas.

Entonces Olga no llora; se yergue... Ingrávida, su silueta blanca es en la sombra una palpitación, es una paloma extrañada temblando sobre un ciprés. Luego, descuelga el cuerpo: al flanco del tren ha flameado un pañuelo.

Ya se pierde cerca del balneario la linterna roja que finaliza el convoy, cuando el acordeón resopla dos

acordes y, burlona, la voz marinera gangosea:

Atienda mi vecinita,
cogollito de clavel:
el amor es dulce amigo,
pero cuidado con él.

Brutales carcajadas puntúan la copla. Instantes después, suena un portazo en el corredor del «chalet», como una detonación, y tras los cuadriláteros iluminados de todas sus ventanas, una sombra blanca huye seguida de otra oscura.

Fuera, el viento arrecia y arrastra todos los rumores en un lamento.

EDUARDO BARRIOS.



Don Eduardo Barrios (Caricatura de Fernández)

Para «Pluma y Lapiz»

Do, re, mi, fa, sol, la, si...
Do, si, la, sol, fa, mi, re...
Es el ejercicio de
Su boquita carmesí.

El sol semeja un rubí,
Pincelado por Doré,
Bajo el cielo azul en que
Juguetea un colibrí.

Y la bella princesita
Que por lo grácil imita
Un dibujo de Gosé...

Sigue su ejercicio así:
Do, re, mi, fa, sol, la, si...
Do, si, la, sol, fa, mi, re...

GABRY RIVAS.

Santiago, 1912.



Mulay-Hafid (a la derecha del coronel) recibiendo en audiencia al coronel La Croix de Castrier, autor de trabajos históricos sobre Maruecos.

TU BOCA

Es tu boca divina como un cáliz
en que el amor sus besos escanciara,
frente preciosa de suspiros rara;
es tu boca divina como un cáliz.

De tu alma pura es diminuta puerta,
por do se escapan suaves como arpegios
de tu risa los dulces florilegios;
de tu alma pura es diminuta puerta.

Es tu boca divina como un nido
que guardara las blancas mariposas
de tus palabras estras, armoniosas;
es tu boca divina como un nido.

Es pomo de riquísimas esencias
que me embriagan si apenas las aspiro,
que perfuman si exhalas un suspiro:
es pomo de riquísimas esencias.

Es tu boca un enigma de belleza,
que cierran los paréntesis rosados
de tus labios ardientes, adorados;
es tu boca un enigma de belleza.

Y yo adoro tu boca casta y pura
cuando me habla de amor y de consuelo
cuando calma mi hastío y mi desvelo
¡oh, yo adoro tu boca casta y pura!...

¡Oh tu boca cual fuente milagrosa,
para mi alma división panacea,
siempre bella y bendita, siempre sea.
¡Oh tu boca cual fuente milagrosa!...

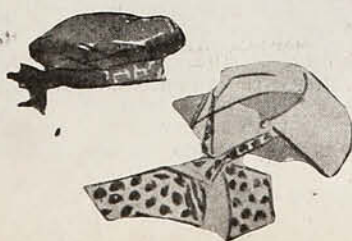
HUMBERTO BÓRQUEZ SOLAR.



El libro Hurta do... Borne

Aunque no lleva consigo
Lo que el hurto en «la Jornada»...
Ya está la gente informada
Que el «hurta do» ha sido Trigo.

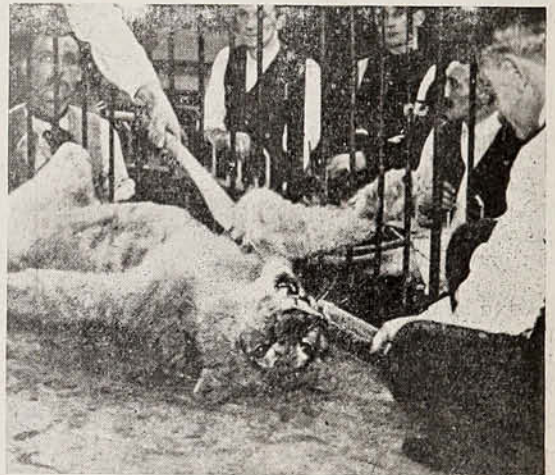
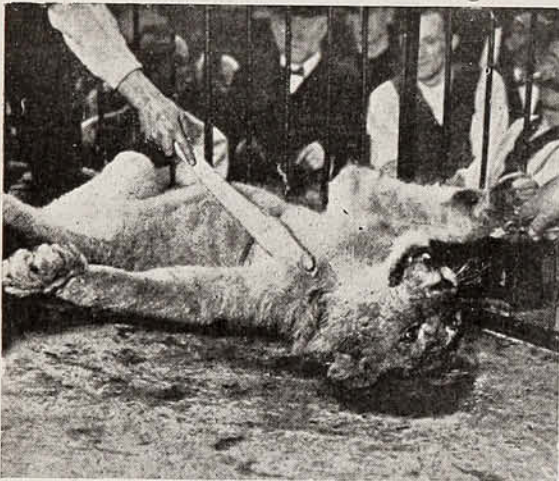
Mejor será que no chiste
Y así todos creeran
(Por si hay algunos que lila)
Que el chico sabe el refrán:
«Al que de ageno se viste
En la calle lo desnudan»...



Cómo se le extrae un diente á un león

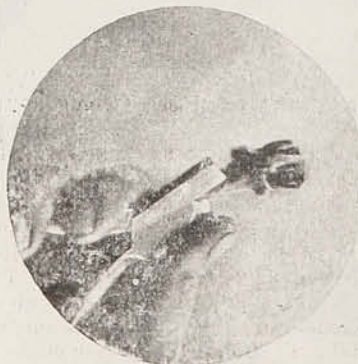


El paciente, amarrado, queda reducido á la impotencia.



Manteniendo la boca abierta con hilos metálicos, se procede á la extracción.

Hasta hace poco tiempo el dolor de muelas era una enfermedad que se creía genuinamente humana, pero últimamente se ha comprobado que los animales también la padecen, sobre todo los salvajes, especialmente los carnívoros. Un león de la menagería de White City, llamado Brutus, sufría desde hacía bastante tiempo de un dolor de muelas agudísimo que le tuvo durante dos semanas en un rugido constante. (Aquí no cabe lo de lamento). La extracción se le



El molar extraído

encomendó á uno de los mejores dentistas de Londres. Mientras que los ayudantes distraían la atención de la fiera, un hombre le echó al cuello un sólido collar, al mismo tiempo que se le ataba un lazo al rededor del cuerpo. Atadas las cuerdas en sentido contrario el león cayó tendido de espaldas. En seguida la operación se redujo á abrirle las mandíbulas y á extraer la muela careada en medio de un sordo gruñido de la bestia y una exclamación de los asistentes.

Á FERNANDO SANTIVÁN

A Ud. que ha tenido la gentil idea de resucitar la vieja PLUMA Y LAPIZ de Marcial Cabrera en los propios instantes en que éste su creador salvaba el breve trecho que media entre la Casa de Orates y el Camposanto, esos dos cementerios, uno de espíritus y otro de cuerpos, dedico estas reminiscencias de aquel inolvidable cuaderno que congregó en sus paginas la brillante bohemia literaria de hace doce años, que acaso Ud., demasiado joven a la sazón, no alcanzaria a conocer.

P. E. G.



Victor Domingo Silva y Carlos Pezoa Veliz, hace diez años, en la época en que colaboraron en la antigua PLUMA Y LAPIZ



Pedro E. Jil y Jorje Gonzalez en la época en que colaboraron en la vieja «Pluma y Lápiz».

Puede decirse que Marcial Cabrera y yo nos conocíamos desde 1895... sin habernos visto nunca las caras, transcendental acontecimiento que vino a realizarse seis ó siete años después y que destruyó «ipso facto» la conjetura que de nuestras personas nos habíamos recíprocamente formado. Porque en tanto que yo, á través de abominables reproducciones litográficas de su fotografía, me le figuraba un mozállon de color de aceituna y de pelo ensortijado como un hijo del trópico (y era blanco de tez, y de cabellos y bigote rubios), él me imaginaba un viejo humorista godo decepcionado de la vida y de sus amargos alifafes, y yo contaba entonces veinte años y dentro de la cabeza me cantaba el acreditado pájaro azul de las ilusiones, (lo cual no quiere decir precisamente que yo anduviese con la cabeza á pájaros).

Por el susodicho año 95, Cabrera empuñaba triunfalmente en «La Ley» el cetro de la crónica santiaguina, y «rey de los cronistas» se le apodó con todo acierto, como hace poco recordaba en «El Sur» de Concepción Róbinson Bascur, uno de sus compañeros en aquel gran diario de ideas y de selección intelectual.

Un día se me ocurrió escribir una silueta en verso de papá «Carril», el viejo rotativo, decano de la prensa metropolitana, y fué éste mi primer trabajo serio en el género humorístico, valga la paradoja. La envié á «La Ley» y á los dos ó tres días se publicaba en la sección de Cabrera precedida de cuatro líneas suyas de elogio para el autor, que, ocioso es decirlo, tuvieron á éste como unas pascuas durante largas semanas.

Tan benévola acogida dispensada á mi pobre trabajo, me incitó á la reincidencia, y más tarde mandé á Cabrera otras cuantas composiciones en prosa y ver-

so que le merecieron igual aceptación que la primera. Hasta que la pereza, la infatigable compañera de toda mi vida, me sopló en los ojos y me sumió en un sueño literario de cerca de un lustro. Solo á hurto de mi remolona consejera solía levantar la cabeza, coger la péñola y escribir tal cual fruslería que luego iba á parar á las columnas de alguna de las escasas revistas de aquel tiempo.

Cinco años después, (ó la vida de un dormilón), á



Don Marcial Cabrera Guerra, director de la antigua PLUMA Y LAPIZ

finés de 1900 apareció en esta capital el semanario «Santiago Cómic», fundado por don Manuel Ramos Ochotorena, padre de los actuales jóvenes Ramos, fotograbadores, y que fué el precursor ó progenitor espiritual de la antigua «Pluma y Lápiz». Era un hebdomadario al estilo de su congénere de Madrid, que durante tantos años publicara Sinesio Delgado para regocijo de los lectores de la península y de estos países americanos.

En su redacción figuraba Cabrera, que por ese entonces estaba «fuera de «La Ley», como decía él mismo, haciendo uno de sus «calembours» habituales. Y con él figuraban también Bórquez-Solar, Honorio Henríquez, Jorge Prieto Lastarria, Oscar Sepúlveda y otros cuyos nombres se me escapan, que diría un gacetillero. Como dibujante y caricaturistas hacían allí sus primeras armas Saridakis, que firmaba sus bonitas ilustraciones con el pseudónimo de «Marcello», Domiciano Pérez Collier (Mido), Ignacio Incháustegui, el joven Santiago Ramos (Tío Ganas) y colaboraban artistas de renombre como Santiago Pulgar y Alejandro Fauré.

Recuerdo que envié allí un cuento cómico, que por su extensión hubo de aparecer en dos números sucesivos, lo que me desazonó seriamente, porque nunca me he creído con dedos para folletinista, ni con el derecho para hacer esperar á los lectores el desenlace de un episodio, que suele resultar el parto de los montes. Poco después, y temiendo que de nuevo me partieran por el eje, mandé un artículo breve, comentario en broma del programa de fiestas oficiales con que se iba á celebrar el advenimiento del año 1901, y con él el del siglo XX.

Cuando el próximo Domingo me llegué, como de



Ernesto Guzman

y

Miguel Luis Rocuant

Colaboradores de la antigua «Pluma y Lápiz».



costumbre á la Estación Central á comprar la revista, me hallé con que «Santiago Cómic» había fallecido en el curso de la semana, sin que nada hiciera sospechar tan sensible y prematuro fin. En su lugar encontré un cuadernito de formato desusado, que en su cubierta ostentaba una caricatura de Galo Irarrázaval y que llevaba por título «Pluma y Lápiz». Era el Domingo 2 de Diciembre de 1900, fecha precisa de su venida al mundo literario nacional.

He dicho que su formato era desusado porque en realidad solo dos años antes (1898) lo había estrenado entre nosotros una linda revista de actualidades, que con el título de «Instantáneas», dirigió y redactó, si no me engaño, uno de nuestros más celebrados escritores festivos, don Joaquín Díaz Garcés.

A «Pluma y Lápiz», atraída por el prestigio literario de su joven director, bravamente ganado en «La Ley» y en su «Anexo Dominical» que publicó con unánime aplauso y éxito indiscutible durante algún tiempo, acudió desde el primer momento toda la muchachada intelectual de aquel entonces,—propia mente «jeune siècle»—cuyas producciones no encajaban en las columnas de los solemnes órganos políticos, refractarios á todos los simpáticos esparcimientos del espíritu y á las briosas acometidas de la juventud que se largaba por los cerros de Ubeda de las abstracciones de la mente.

El chico Guerrette tenía para todos y cada uno de esos mozos llenos de fe en el ideal, que le colaboraban número á número con más asiduidad y entusiasmo que si hubieran percibido por sus trabajos la gloria de regias remuneraciones, una calurosa palabra de estímulo ó de aprobación envuelta en alguna de las frases ingeniosas que retozaban perpetuamente en sus labios.

Yo era por ese tiempo empleado ministerial de la clase de supernumerarios—cincuenta pesos al mes,

sin derecho á feriado...—y me pasaba cinco ó seis horas al día de cabeza sobre los formularios de la estadística de perales, desojándome en el desenredo de aquella madeja de datos sobre la delincuencia del país, que á fines de año formaban un mamotreto impreso que no leía nadie, salvo uno que otro redactor de diario empeñado en remediar los males de la patria con la exhibición del movimiento de sus numerosos panópticos.

No había para mí en esa ingrata faena otras distracciones que los breves momentos de charla, pitillo en boca, con Monsieur de Bêze, nuestro sabio y amable jefe, y la transcripción á la máquina, hecha casi siempre á hurtadillas, de los borradores de mis crónicas semanales á «Pluma y Lápiz». Ya habíamos cambiado con Marcial una copiosa correspondencia, había recibido de él, por la vía postal, algún artístico folleto debido á su pluma novedosa, y aún no nos sabíamos el color del pelo, así como tampoco conocía yo á ninguno de los compañeros con quienes Domingo á Domingo contribuía á llenar las páginas de la querida revista.

Cómo llegamos por fin á ponernos á tiro de saludo y de mutuo conocimiento, apenas si lo recuerdo. Creo que él se apareció una vez inesperadamente en la oficina del Ministerio, y ahí cambiamos las primeras palabras verbales, después de seis años que habíamos cruzado á centenares las manuscritas.

A partir de ese día, menudearon mis visitas al número 639 de la calle de San Carlos, que era la casa de Cabrera y el hogar de «Pluma y Lápiz», donde nació bajo brillantes auspicios, vivió entre las caricias del éxito y murió al golpe traicionero de un bellaco, el histórico (¿por qué no llamarle así? el histórico semanario.

PEDRO E. GIL.



Honorio Henriquez Perez

y

el señor Lagos

Colaboradores de la antigua «Pluma y Lápiz».



EN EL PAIS DEL BOSQUE Y DEL AGUA

(Continuación)

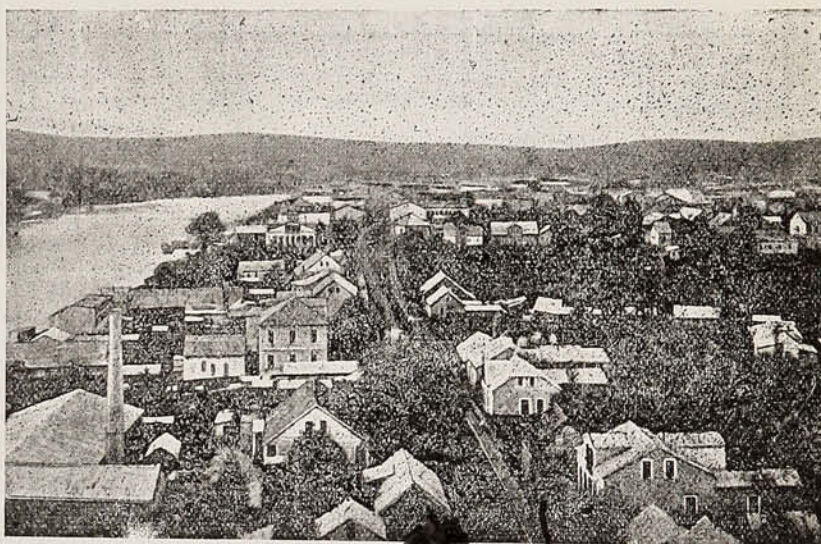
Así el indio aguerrido había aprendido mil argucias del arte de guerrear y su caballería era ya temible, aunque no hubiesen aprendido á manejar la espada ó el arcabuz. Las dos razas se fundían en plena guerra y los pequeños de ambos pueblos nacían en medio del griterío de los indios y del entorchocar de las corazas castellanas. Difícilmente podía apaciguarse el ímpetu de una raza nacida en medio de la guerra; y aquel pueblo sin lugar fijo, medio nómade, medio salvaje, sentíase á sus anchas encima del caballo, lanza en mano, en medio del griterío de los malones.

La conquista se prolongó en la frontera hasta mediados del siglo diecinueve: aquel pueblo aguerrido y belicoso, vió, en continua guerra, desde el arcabuz hasta el fusil moderno, desde la cota de malla hasta el sable de los carabineros, desde el casco de pesada visera hasta el képis francés de nuestros veteranos, pasando por el morrión de ridícula crestería de la época de la independencia. Y vió la planta arrogante del mui belicoso señor don Pedro de Valdivia, el hombre de las anchas espaldas y de los ojos azules, que escribía á su rey en el franco y pueril castellano de la época que amaba esta tierra donde «el verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no les importuno»; y quería poblarla con su descendencia para que quedase memoria «del y dellos en adelante»; la crespá y hermosa fisonomía de Alonso de Ercilla, cantando en octavas pesadas y robustas como un casco ó una coraza, como el pecho de un indígena ó el brazo de un roble, el valor del indio y la bravura del castellano.

Mientras corría el tren por esta tierra heroica, pensaba si en las rucas miserables de los indios, radicados al pie de la cordillera, alrededor de los lagos quietos y hondos de los cuales nacen los ríos que cruzan toda la región dándole su verdadero carácter, su nota familiar y nueva, quedaba grabada



Muelle é Isla Teja

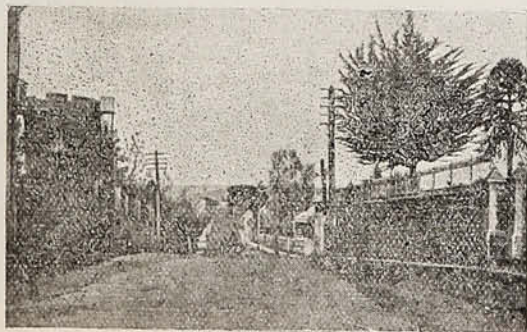


Valdivia con la calle de los Canelos

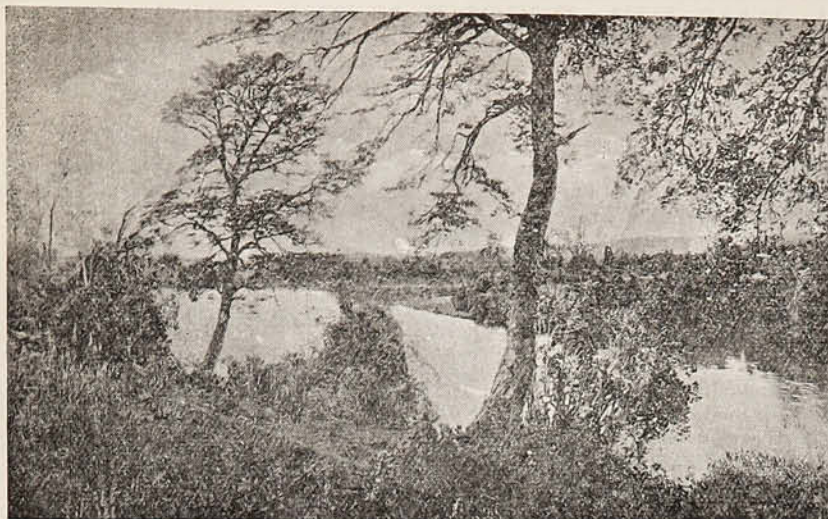
en la pupila de un indio viejo la imagen de los primeros conquistadores, de tez morena i negros mostachos, de tostada blanca y rizadas barbas trigueñas, abriendo con su enorme espada los bosques vírgenes y buscando sin impaciencia nuevas tierras á su ambición como si la grandeza del continente fuera hecha para el vigor de su brazo y la potencia de su voluntad; me imaginaba encontrarlos orgullosos de su pasado guerrero, viviendo al amor de una historia casi mitológica, cuando parlamentaban con los «huincas» y se trocaban los prisioneros, pero á cada pregunta impaciente hecha por mí á alguno de los viajeros, me respondían, invariablemente:

—El indio es borracho, flojo é indolente. Su orgullo consiste en no trabajar.

Y había en todos ellos una inquina sorda, incomprensible, contra el pobre indio sin que mi razón me pudiera explicar la causa de ello. ¿Era posiblemente mezquindad de alma, ausencia de imaginación, absoluta prescindencia del pasado para juzgar el presente? ¿Podía remotamente ser venganza de raza, refinamiento de gente vividora ante un peligro lejano? ¿Acaso simple desprecio de raza superior, la del americano contra el piel roja, al no poder explotar los



Valdivia.—Calle de los Canelos



Valdivia.—Rio Cau-Can

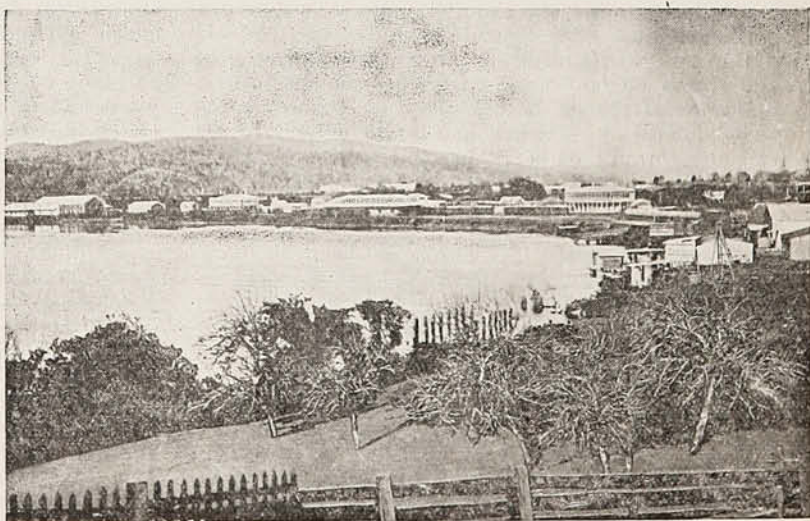
terrenos en que vive el indígena? Todas estas preguntas cruzaban por mi espíritu sin satisfacerme absolutamente. En realidad tuve que apaciguar mi fuerza razonadora y concluir pensando que me había encontrado con espíritus excepcionales, con aventureros del sur para los cuales el indígena era un obstáculo apoyado por la ley; ó para justificar con la insignificancia y la degeneración de la raza robos de terrenos ó asesinatos de indios. Y agotado el razonamiento intelectual, netamente teórico, el razonamiento «a posteriori» basado en las circunstancias externas, directamente particulares, generalicé con desprecio: es simplemente el defecto genérico de la raza, la falta de imaginación, la carencia de esa sensibilidad intelectual patrimonio de las razas meridionales, el espíritu positivo, el mismo espíritu de los soldados de la conquista, sedientos de oro que los hace despreciar como cosa completamente inútil todo lo que no contribuye al goce ó la riqueza. El atroz egoísmo del deseo de riqueza y, como consecuencia natural, una absoluta falta de curiosidad intelectual; en política el entronizamiento de una oligarquía de banqueros que descansa exclusivamente en operaciones burátiles, ciencia teórica basada en la pequeña cantidad y que posee el misterioso talismán de sacar riquezas donde no las hay; y el alejamiento de la opinión pública de todos los negocios de Estado. Si el voto se paga, el roto no debe inmiscuirse en otras cuestiones. Si hay un hombre inteligente, podemos buscarle lugar en alguna parte. El Estado posee ministerio, colegios, un millón de puestos públicos donde es fácil colocarlo.

La elección se reduce solamente á una pequeña operación comercial, al daga y toma primitivo, base del comercio; y las cosas siguen á la perfección. La tierra es rica, la población es pequeña; el porvenir no tiene por qué inquietarnos.

Mientras hacia estas re-

flexiones el paisaje del sur desplegaba ante nuestros ojos su amplia y tranquila perspectiva. He de confesar que en un principio hacia esfuerzos considerables por distinguir la característica del paisaje, tan imperceptiblemente pasábamos de la zona central á la región del sur. Pero luego mis ojos se habituaron; lentamente sus rasgos peculiares iban surgiendo del fondo del panorama silencioso, serenamente adormecido bajo la discreta caricia de oro del sol austral. Buscaba en el oriente la silueta nevada de los Andes; y no podía habituarme á creer que aquellos lejanos montones de tierra, separados por largas hendiduras donde se amontonaban espesos ci-

rrus impregnados de luz, ó por cerros nevados de enorme base, fuese nuestra cordillera que, algunas horas antes, al amanecer, había visto surgir en el fondo blancuzco de un cielo incoloro con su característica majestad de gran montaña. Al poniente destacábase cercana, la cordillera de la costa con sus masas enormes, de cimas redondeadas, mas potentes; mas elevadas que en el centro del país donde no es sino un amontonamiento caprichoso de colinas bajas. Aquí, en cambio, no es un monton de rocas graníticas con una capa vegetal, aquí son escarpados picos, masas de enorme base separadas por hondas quebradas é inaccesibles despeñaderos que el bosque tupido y centenario encrespa y ensombrece. Hacia el norte la cordillera de la costa se empequeñece hasta perderse en un planicie amplia y de solada; hacia el sur sus contra fuertes se multiplican, crecen y llegan á rivalizar en lo Andes que en cambio se elevan hasta el cielo en el centro de Chile, zócalo granítico de innumerables quebradas y no menos innumerables picos donde el agua de las nieves en la primavera canta su poema en todos los tonos imaginables: arroyos, ríos, cascadas, regatos, esteros, y cataratas.—MARIANO LATORRE.



Valdivia.—Estación de Ferrocarriles

(Continuará).

bia impotente contra la estrechez del horizonte paterno, ante la tristeza de su vida que, como un cansancio agradable después de una lucha, llenaba su corazón, sintió renacer sus perdidos ideales. Del fondo del espíritu nacía con un cosquilleo suave y tímido un nuevo ideal y un nuevo vigor: un deseo de cambiar de vida realmente, abandonar la literatura y convertirse en la partícula social, convenientemente engastada en el mecanismo jeneral; y no pensar ya más en regenerar al mundo cuando el alma está vacía de experiencia; y cuando la llena el ensueño ó el ideal que son vapores que desvanece la realidad como una voluta de humo. Pensaba con sarcasmo: el ideal exige la experiencia; uno lo reconoce y experimentándolo se gasta la vida. El provecho que se hace en favor de la humanidad, de la vida humilde, resulta insignificante y mezquino, si se compara con ese inicuo destrozo de la voluntad y del corazón. ¿Que más dá? ¡Cambiar la paternidad colectiva por la paternidad en el hogar! ¡Ser un respetable burgues que hace el bien á pequeños trozos: dar un pan añejo á un mendigo, aunque perezcan individuos jóvenes y robustos en la guerra ó en el trabajo de las fábricas! Dotar de media docena de infelices al mundo, mandarlos á un Liceo; y así seguir eternamente; si hombres, abogados ó ingenieros; si mujeres, tontuelas insignificantes que se aprietan la cintura en relación con la vaciedad de sus ideas. Aquí sonrieron los ojos de Juanita Gonzalez, querendones y fieles: el la veía robusta madre de familia, en la intimidad del hogar, con el pelo suelto y con el seno abultado, gritando á una sirvienta que eche en el gallinero un pollo que escarba en el jardín; y volvió á reirse de todas veras.

¡Quién sabe si la vida natural del hombre, el estado de equilibrio sano y robusto, está en espulsar esos fermentos poéticos de la juventud y entregarse en cuerpo y alma á acrecentar la fortuna y sentar fama de hombre bueno; no dejar asomar por ningún lado esa traviesa razón, esa querida reina que se llama la «independencia moral» porque en tónces se chocaría violentamente contra la vida que es á modo de una roca que resiste el ímpetu de las olas!

Sus párpados se entreabrían lentamente con la primera luz de la mañana que se colaba á través de las resquebrajadas de la vieja casa; y pintaba en el suelo una lámina de oro que lo hizo recordar esa claridad divina que precede á las apariciones celestiales. Dió una ojeada á la habitación; sonrió á un retrato de Zola, de perfil, con su desmesurado frontal y su barba rala y tiesa de hombre fuerte; ahí estaba el lavabo con su pequeño espejo oval y su armario repleto de novelas de autores franceses. Una violenta alegría de vi-

de sus celos, consideraba al corazón órgano más importante, más noble y más indispensable que los ojos en la pasión de un poeta.

III

Terminaba el Otoño cuando la carta del hijo arrepentido llegó al puerto; el poeta pintaba elocuentemente su arrepentimiento y aún cosa notable, que predisponía en su favor, hablaba de sus buenos hermanitos y, cosa más estupenda aún, del noble sobre toda ponderación don Ernesto Ramirez.

La mamá volvióse loca de contento. Los hermanitos hablaron de ir á esperarlo á la estación; una de las hermanas corrió á casa de Juanita Gonzalez y el papá se enjugó una lágrima, diciéndole majestuosamente á su esposa:

—Tu hijo tendrá siempre un pan en mi casa.

En dos años el Maule no había cambiado gran cosa: en la purísima atmósfera se desleía un azul celeste y la tristeza dorada de la estación adormecía los cerros en sombras espesas, albeaba en las crestas de las olas eternamente encolerizadas, y azuleaba en la corriente del río, del hermoso río Maule.

Ernesto figurábase un recibimiento embarazoso: todo pasó tranquilamente, con una sinceridad que lo conmovió hasta el fondo de su alma: la madre precipitóse en sus brazos con esas lágrimas bellas y abundantes que hacía que en sus ojos tiernos y amables, hubiese una constante humedad; en su alma hubo un tierno despertar del sentimiento, pero se limitó á corresponder con una caricia suave el torrente de besos de la madre apasionada. Mientras duraban los besos, los hermanos presenciaban la escena sonriendo suavemente, no queriendo interrumpir la dulce ternura del recibimiento.

Ahí, en el pequeño andén, permanecían todos silenciosos, no atreviéndose á romper el dulce encanto que ligaba sus corazones buenos y generosos, pero á las cuales la vida y la sociedad separarían luego con abismos infranqueables. Ernesto tendió una mirada de ternura sobre el pequeño cuadro: todo igual, las casas comenzaban en éste extremo del puerto, viejas y descascarilladas: una boca calle terminaba con un pedazo de río, azul y quieto, donde se amontonaban las lanchas: al frente la isla mostraba su tupido bosquecillo de álamos, y un astillero llenaba el aire melancólico con el sonido del martillo al caer sobre el costado de las embarcaciones. Manchando el aire, sobre una colinilla en el terreno irregular de la ribera, un robusto maulino, con su gran chu palla de cónica copa, se inclinaba y volvía á levantarse si

guiendo el movimiento de la enorme sierra de acero que brillaba al sol, con fulgurantes reberberaciones. A lo largo de la orilla, como una pequeña población lacustre, se amontonaban cabañas de boteros y guanayes, bodegas y embarcaciones pequeñas, hasta confundirse en abandonada perspectiva en el muelle que semejaba al otro extremo del pueblo, una línea recta suspendida sobre el agua en una multitud de líneas verticales.

—El carro se vá mamá, gritó uno de los hermanitos, y toda la familia se precipitó en el pequeño tranvía.

—Qué flacc vienes, hijo ¡Ernesto se limitó á sonreír.

—Ernesto tiene bigote mamá, observó uno de los hermanos menores; todas las caras se dirigieron sonriendo al nacimiento bozo del poeta que, con varonil complacencia, se pasó por él la mano suavemente.

Un mundo de recuerdos llenó el alma del estudiante. De cada casa brotaban como tenues vapores, repletos de cálidas dulzuras, envueltos en brisas de mar, ó en una lejana vela blanca en medio de la calma del río solitario, en unos ojos azules febriles é inquietadores, que sonreían en un rostro pálido, aprisionado en marco negro, en un peligro corrido sobre las olas; ó en un gran barco primitivo y deformemente pintado sobre una pared abandonada con carbón, de desmesurado casco á inverosímil arboladura, pálida esterilización de un ensueño interior, lleno de color y de belleza que llevan en el cerebro todo los niños de los puertos. Luego, á medida que el carro avanzaba, palpitábale el corazón acordándose de su padre. Conservaría siempre, en su bello semblante de español buen mozo su jesto terco é impenetrable? Sería como antes testarudo y gruñón, imponiendo á los hijos ajenas tiranías de familia que lo hacían recordar todo ese aburrido conjunto de derechos de la patria protestad romana? Aun recordaba su jesto de rebelión: cuando el padre formuló su teoría: el hijo debe obedecer al padre aunque este le pida la vida. Recordaba su contestación; pero padre, eso es volver á la esclavitud, disponer del hijo como una cosa, el hijo debe respetar al padre, eso lo acepto como una conquista de la razón; pero si el hijo manifiesta ideas nobles y puras, aunque sean contrarias al medio de cosas establecido, debe desobedecer al padre y seguir sus inclinaciones; de lo contrario sería un sér débil y miserable.

Y aun recordaba la ira del buen godo, que cubrió de mortal palidez sus correctas facciones de hombre guapo, tartamudeando colérico.

—Afuera, mocoso insolente, que no te vea más!

Su determinación violenta y decidida de alejarse para siempre de esa sociedad estúpida y convencional de pueblo

chico; esas luchas miserables y pequeñas bajo el esplendoroso cielo del Maule, junto al soberbio mar que era como una gigantesca parábola de la voluntad; pero allí vejetaba la estupidez humana, coronada de bestiales instintos como un cadáver bajo el dorado sol. Aquí sonreía un recuerdo que se apareció á su cerebro con un relieve admirable: era en el verano, á fines de Enero. El pueblo estaba repleto de veraneantes que llenaban todos los paseos, habitaban todas las casas. Era un contraste curioso, el lujo de los trajes con la vetustez de las casas porteñas, viejas y feas pero que para la gente del pueblo tenían toda la respetabilidad de los ancianos. Su familia mezclábase con la gente de Talca y de Santiago, y era invitada á todos los paseos. La gente de la capital melosa y aduladora, se admiraba de todo; husmeaba los rincones de la casa y hasta se habló del talento literario de Ernesto 2.º Ramirez. Estudiaba algo el chico? Hoy día estaba de moda hacer versos: Alfredo Irarrázabal, el Castelar chileno, había hecho versos. Alessandri no había hecho versos pero era un gran orador. Ernestito fué invitado á un paseo, se le pidió que recitase; y por último, se le comprometió á escribir una reseña sobre el paseo. Esperábase una crónica en que las mujeres fuesen flores, los pollos y piernas de cordero viandas divinas; el paseo todo una fiesta digna de dioses; pero, oh! desilusión, el vil literuatelo provinciano, limitóse á pintar con un lirismo desenfundado la soberbia belleza del río, mujiente y poderoso, que se había abierto camino á través de la maciza montaña deshaciéndola como si fuese un terrón lleno de humedad; y agregaba en seguida: en las orillas forma el río gratas oquedades que en el verano son penínsulas; y en el invierno hirvientes golfos. Y luego irónicamente: en la tarde del 25 de Enero, bajo el pálido azul del firmamento, en medio del esplendor lleno de luz y majestad del paisaje maulino, como nota inarmónica, «pacía una manada de bípedos».

Ernesto sonrió francamente al recuerdo.

—Ola! ¡Está alegre el poeta!

El carrito se detuvo. A Ernesto volvió á latirle violentamente el corazón; preguntó tímidamente á la madre, en voz baja:

—¿Está bueno el papá?

Pero no tuvo mas tiempo. Llegaba frente á la casa; y el padre con su pequeña talla, brillantes los ojos, abrió los brazos al hijo pródigo que se echó en ellos sollozando.

IV

Al verse nuevamente en su pequeña pieza de niño, en medio de esas paredes que lo habían visto retorcerse de ra-

LA ARQUETA Y LA CAJA DE MARFIL DE ZAMORA

DOS amadores del arte, ambos personas de singular cultura artística, el señor Tormo y Monsó en el Senado, y el señor Osma en el Congreso, se ocuparon, en el mismo día, de la desaparición de una caja de marfil, que se guardaba en la catedral de Zamora. Luego se ha sabido, que no era uno, sino dos los objetos que habían sido enajenados. De la discusión que se originó, se vino en conocimiento de que el Cabildo de aquella catedral, apremiado por necesidades urgentes, pues ha atendido á la reparación de más de doscientas iglesias, expresó al Gobierno su propósito de vender tales joyas, por si deseaba adquirirlas, y transcurrió el tiempo, esperando en vano que se diera contestación al ofrecimiento indicado; por lo cual se consideró en libertad de acción, y poseyendo, como dice poseer el referido Cabildo, una autorización del Papa para enajenar objetos artísticos, estipuló la venta con un anticuario de Madrid, quien pagó por la caja y una arqueta la suma de cincuenta y dos mil quinientas pesetas.

La caja es de estilo árabe puro, del siglo X y del tiempo de Alhaken II y lleva la fecha de 955, constituyendo un inestimable ejemplar del arte suntuario. «Hace diez siglos,—decía el señor Osma,—que la preciosa caja de marfil había pasado del tocador de una princesa á relicario de los huesos de un santo. La Iglesia española, cumpliendo una misión providencial, habrá conservado durante dicho tiempo, á través de una accidentada etapa en el andar del pueblo, ese objeto, que bien puede reputarse como viñeta inestimable de la historia.»

La arqueta es del siglo XI, mas no conserva su integridad primitiva, por cuanto ha sido objeto de varias restauraciones. Se supone que sean del siglo XIII unos hierros que sirven de cierre, como también se considera que en el siglo XVII se destinaria á encerrar el Sacramento en Semana Santa, época de la cual conserva unas desdichadas pinturas alegóricas. La inscripción árabe que ostenta se reduce á una alabanza koránica.

La publicidad que adquirió la venta, las manifestaciones hechas en las Cámaras, impelieron al anticuario que había comprado ambas joyas artísticas á presentarse al jefe del Gobierno, quien consiguió que devolviera, no sin antes mostrar el aludido la rectitud con que se había procedido en el asunto.

El acto de la entrega se realizó con toda solemnidad, estando presentes el señor Canalejas, el inspector general de Bellas Artes, señor Herrero; el director interino del Museo Arqueológico Nacional, señor Pérez Villamil; el secretario del mismo, señor Alvarez Osorio, y los señores don Elías Tormo y don Julián Muñoz.

En la sala de medallas del Museo Arqueológico han quedado depositadas, encerradas en una vitrina, la caja y la arqueta de referencia. La caja es de marfil tallado, según queda dicho, y de latón oxidado las aplicaciones para el cierre. Tiene de alto diecisiete centímetros y medio, y de diámetro ciento siete milímetros. La armadura de la arqueta es de pino chapada

de marfil tallado, el cual es liso en los plafones cubiertos con pinturas. El interior aparece forrado de seda de color grana á listas amarillas. Las dimensiones son: altura total, veintitres centímetros y medio,—hasta la tapa, ciento noventa y siete milímetros, la tapa, ciento tres milímetros;—el frente tiene de ancho treinta y un centímetros y medio, y el costado ciento cincuenta y siete milímetros en su base, y setenta y cinco milímetros en la parte somera de la tapa.



Museo Arqueológico de Madrid.—Caja de Zamora (Frente)

Un expediente será abierto en averiguación de si el Cabildo de la catedral de Zamora tenía derecho á la enajenación; en caso afirmativo, el importe de la venta lo abonará el Estado; en caso contrario, aquel tendrá que devolver al anticuario la cantidad que éste entregó por la arqueta y la caja á que aludimos.

El presidente del Consejo responde personalmente del importe de la venta, y del interés del cinco por ciento que produzca el capital, hasta que se ultime este asunto.

Con todo, no se ha resuelto de modo categórico lo referente á la desmembración del tesoro artístico nacional. El caso particular de la arqueta y de la caja de la catedral zamorana es lo único á que de momento se atendió. Mas no se ha buscado remedio al mal, cortándolo de raíz, dictando aquellas medidas legislativas necesarias que impidiesen que, en adelante se repita lo sucedido, lo cual totalmente seguirá ocurriendo. Las circunstancias hicieron que se tratara en el Parlamento de cuestión que tanto afecta á la cultura y á la dignidad del país. Se fué tan solo á solucionar lo que de momento levantó voces de protesta.



Sr. R. S. P.—Pte.—Agradezco sus votos de aliento. Decididamente usted tiene facultades, pero el género de su cuento no encuadra en la índole de nuestra Revista.

Escriba algo más literario, menos... ¿cómo diría á usted? menos «policíal», más corto, nos lo envía y... entonces veremos.

Marichu.—Su carta es comprometedora. Mil gracias. «Al salón» está bien escrito, hay observación. Según deduzco de su carta usted es joven ¿verdad? Bueno. ¿Por qué no dirige sus cualidades literarias hacia un objeto más artístico y menos moralista? Ahora está usted haciendo competencia á la Liga de Señoras contra la inmoralidad teatral y eso, créame, amigo mío, no está bien. Envíe otra cosa.

Sr. A. B.—Pte.—Usted ha interpretado torcidamente nuestro párrafo presentación.

Sr. F. F. G.—Pte.—Nuestras tareas no nos dan tiempo para lo que usted nos pide. Envíe otra cosa.

Sr. R. O.—Pte.—Su «Mística» me agrada. Tiene inspiración. Siga trabajando, pero esmérese más en la forma. Por ahora no es publicable.

Sr. C. P. S.—Pte. Su «Cuadro de invierno» está reñido con todas las cualidades primordiales que debe tener todo trabajo literario. El tema, sobajado de suyo, está tratado sin novedad alguna canasto.

Sr. C. M. L.—Pte.—Su trabajo está bien hecho. Despunta por ahí de cuando en cuando una personalidad de poeta delicado y nuevo. Por ejemplo:

El cielo es un jardín de lirios de oro
luce la Vía Láctea sus joyeles...

Pero tiene cambios demasiado bruscos. Mande otra cosa y veremos.

Sr. A. A.—Pte.—Estudie. Ensaye. Para escribir observe la vida y no los versos de los demás.

Sr. C. I. D. H.—Pte.—Su «Presentimiento» nos ha hecho ver que usted progresa. Pula un poco más, y mándenos algo.

S. Z. B.—Pte.—Muy bien. Usted revela un temperamento, pero su «Humo y Verso» es una imitación muy parecida al original. Mándenos otra cosa y se publicará.

¡ACORDÉMONOS

DE CABEZA



DEL DOLOR

ANTES QUE

NOS

DUELA!



Nada cura con más prontitud un dolor de cabeza por fuerte que sea. Lleve siempre en su bolsillo una cajita de

CAPSULAS DE NERVALINA

Será su salvación.



Crema de Oro

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia a esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la **Crema de Oro** se encuentra preparada para competir en hermosura con las mas bellas...»

Boticas y Perfumerías

Francois Saint Bonnet

Parfumerie, PARIS

El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cuál es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

El Prof.—¡Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver.

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demas enjuagues, lo que se evitaría tomando antes de cada comida una copita de

Cinzano

He ahí la economía.

—¡Aprobado!



Elegancia

Buen tono



Huérfanos

ESQ.

ESTADO



Huérfanos

ESQ.

ESTADO

FRANCESA

Moda



Chic